

POEMA FILOSÓFICO I

Enrique González Rojo Arthur

2017

ÍNDICE

1. Del politeísmo al monoteísmo
 - 1.1 De la finitud y sus angustias
 - 1.2 Viaje y compañía
 - 1.3 El mal incurable de la finitud
2. De la ausencia de ser
3. De la esencia de las cosas
4. La eternidad del universo
5. El problema del tiempo
6. La expansión del cosmos
7. Nuevamente sobre el tiempo
 - a) El tiempo físico
 - b) El tiempo convencional
 - c) El tiempo psíquico
 - d) El tiempo histórico
8. El espacio no es el congreso de la nada

9. La totalidad autoconsciente

A. El orden sensorial

- a) La sensación
- b) la percepción
- c) La representación

B. El orden lógico

9.1 Anaxágoras versus Empédocles

9.2 Los impulsores de la realidad según Empédocles
y Anaxágoras.

9.3 Aporías de Zenón

10. Algo sobre Platón y el mundo de las ideas

10.1 El alma para Platón

10.2 El orfismo

11. El estagirita

11. 1 El árbol de Porfirio

12. La pugna sobre los universales

13. La razón y las evidencias

14. Algunos elementos de la genealogía de la dialéctica.

Aportes de Epicuro

14.1 Otros aspectos de Epicuro

15. Empirismo y racionalismo

16. El punto de vista de John Locke

17. En los linderos del kantismo

18. Las cadenas sagrada y profana de la filosofía

18.1 Materialismo versus idealismo

19. Formas principales del idealismo subjetivo

20. Fichte, Schelling, Hegel

21. Hegel

22. Un diálogo

22.1. La concepción materialista

23. Óptica y ontología

24. Sobre la libertad

25. Apunte sobre el existencialismo francés

26. El concepto de la libertad dialéctica

1. Politeísmo y monoteísmo

Los humanos salvajes

veían que, en cierto aspecto, todos

sus órganos eran parecidos:

como si estuviesen bajo la misma ley

o fueran parte

de una norma que fagocitara sus excepciones.

Claro que nadie confundía su mano

con el cuello,

su pie, por puntiagudo que fuese, con la lengua,

ni las fosas nasales, móviles en ocasiones,

con los párpados.

Nadie.

Pero todo: mano, cuello,

pie, lengua, nariz y párpados,

seguían las órdenes,

que caen como plomo desde el cielo,
de esa pulsión apropiativa -lo **mío**-
que hace crecer las uñas
hasta el borde amenazante del zarpazo
a lo ajeno.

No estaban seguros del lugar ocupado por el **yo**.

Unos decían: está a la mitad del tórax.

Otros: que no, se ubica aquí en el vientre.

Y alguien: yo lo siento en la cabeza,

a la altura de la sien,

adentrito.

De mucho pensar en esto, llegaron a la idea

de que, independientemente del sitio

dónde residiese el **yo**,

su plena entidad se dividía en dos partes:

la **conciencia**, que portaba el bastón de mando,

y fungía como el jefe de la tribu

de las extremidades del cuerpo,
y lo restante que, sin chistar,
tenía por fuerza que obedecer.

Su organismo era, entonces, un saco o una envoltura
donde convivían el rey sacerdote

-el **yo** o el alma-

y el resto de las partes o los órganos

que tiene -con los siglos al hombro- la *anatomía*
muy bien localizados.

Con este pensamiento, o intuición, o atisbo,

o lo que se quiera,

se pusieron a ver en torno suyo,

hacia los cuatro puntos cardinales

de su circunstancia.

Y ¿qué encontraron?

Descubrieron minerales, vegetales, animales

con el aspecto de envolturas

cerradas a piedra y lodo

y concluyeron:

estas cosas, seguramente, tienen un **yo**

y han de llorar, patear y aborrecer su existencia

a la hora del hambre sin alimentos

o a la del frío sin el rayo de sol

que uno podría abotonarse en la mañana.

No sé en qué momento el **yo**,

con la conciencia pensando en sí misma,

prefirió llamarse **alma**,

con lo que, al concluir

que seguramente todo tiene un alma,

nació el **animismo**.

No había cosa en el cielo, en la tierra,

en toda latitud imaginable

o en el más recóndito lugar del cosmos,

que careciese de alma.

Y así como existían entes diminutos,
tal el gusano -más pequeño
que sus hai-kús de seda-,
la uva y su estuche de lágrimas dulces,
el ciempiés infante, el gorgojo,
las larvas con complejo de inferioridad,
de almas pequeñas,
del tamaño del olvido,
había otros
(el cielo, el sol, la luna
-para no decir de los Hecatónquiros¹)
que tenían un alma magnificente
y descomunal.

La imaginación,
que no tiene límites
y que, cual el cosmos,

¹ O centimanos. Gigantes con 100 brazos y 50 cabezas, hijos de Gea y Urano, de los que habla en su *Teogonía* el gran Hesíodo.

dentro de su cuerpo alentando a la curiosidad
asomarse por uno o más de sus sentidos,
pero les era dable salir de sí
y hasta abandonar sus sitios más privados
y departir con otros dioses.

Uranos intuyó bien pronto
que su género era masculino
y que, cuando veía fijamente a Gea,
se le revolvían las entrañas
al grado de, no pudiendo más,
arrojarse hacia el primer orgasmo,
gigantesco,
que registra la historia.

Antes de proseguir hablando de los dioses
y de cómo elevaron el monte del Olimpo
al cenit de las creencias populares,
hablaré de la palabra ***tabú***.

Este vocablo polinesio
que significa interdicción,
prohibido el paso,
ruta intransitable por desprendimientos rocosos,
y que se refiere no únicamente
a prohibiciones ancestrales
como el incesto,
el ingerir carne vedada,
la exigencia a considerar
a Dios como el *Innombrable*
o los mandamientos negativos
-capitaneados por un **no**-
del decálogo,
sino a aquello que resulta intimidante,
oscuro, fraguado en el misterio
o que nace en los talleres del enigma
y no puede ser ni visto, ni escuchado
ni presa del afán del que quisiera

ser el dueño y señor de todo
lo que carga en sus colmillos la ponzoña
de lo amenazante.

Y guay del que incumpla la prohibición del tabú,
si lo hace será arrojado al precipicio de la desgracia
de los suyos,
su vivienda, su persona.

El tabú, forma del *animismo*,
generó la diferencia entre lo sagrado y lo profano,
lo celestial y lo terrígeno.

Su violación podría acarrear
no sólo alguno de los peores zarpazos
de la desventura,
sino la misma muerte.

Uno de los ejemplos elocuentes de **tabú**
lo hallamos en el *Arca de la Alianza*
de los judíos.

Era un cofre sacro,
una caja itinerante de valores
que guardaba a piedra lodo
-como lo hace el hermético pastor
que obliga a su rebaño de secretos
a engullir sus balidos-,
no el canto de sirena del dinero
-¡que no hay oídos sordos
que a fuerza de cerilla lo rechacen!-,
sino los principios morales de una tribu,
el deber ser,
los mandatos con olor a cielo,
el *dictat* de la conducta.
Guardaba las Tablas de la Ley
e iba sobre el Tabernáculo con destino
al templo.
Al Arca de la Alianza,
donde lo numinoso iba al trote,

ocurriéronle vicisitudes sin fin
que los tratos de mi tinta con el tiempo,
me impiden documentar.
Pero sí quiero exponer
que, en cierta ocasión,
un encargado de transportar el Arca,
de nombre Uza,
al momento en que se hallaba el Tabernáculo
a punto de venir al suelo
con toda su sacralidad,
pretendió impedirlo con sus manos
y en ese mismo instante cayó muerto
víctima de una de las descargas eléctricas
que arroja de vez en vez
la fatalidad.

En algún momento,
el mundo estaba sobrepoblado de dioses.

Los había por doquier:

subidos a los árboles

o a la vuelta de la esquina.

Explosión demográfica que llegó a preocupar

al mismísimo Zeus

y hasta lo hizo jalar la rienda

a sus más delirantes ímpetus lujuriosos.

No sólo estaban enfrascados

en sus negocios estrictamente divinos

o en sus “cuestiones personales”:

tristeza por el bien ajeno,

golpes y zancadillas,

crímenes hechos con la mano en la cintura,

erotismo a la mayor potencia,

la ley del talión elevada a máximo precepto,

sino que, amén de no dejar en paz las leyes físicas,

intervenían con los héroes

y los humanos.

Jenófanes de Colofón no fue el único
en descubrir los pies de barro de los dioses
y su mentira aerostática

que flotaba en las nubes
de la atmósfera y el cerebro,
mas sí quien puso manos a la obra
para buscarles y dar
con el talón de Aquiles
de todos.

De todos.

Su postura recibe el nombre
de *crítica antropomórfica de la religión*
en su fase politeísta.

En dos de los pocos fragmentos que nos han quedado
del creador de la *escuela eleática*,

comenta sobre el caso.

En el primero:

***“Los etíopes dicen que sus dioses
son chatos y negros,
mientras que los tracios dicen que los propios
tienen ojos azules y son pelirrojos”***

y en el segundo:

***“si los bueyes pudieran pintar y esculpir
pintarían y esculpirían
dioses que parecerían bueyes”.***

Pero Jenófanes no se limitó
a moverles primero y a quitarles después
el piso celestial a los dioses,
a hacer la primera cruzada contra la fe
y a negarles el menor bocado de oxígeno,
sino que, a semejanza del ***Ser único y eterno***
de Parménides,

insinuó que el **pluralismo** era un absurdo
en lo sobrenatural,
menos verídico que cualquier fantasía
que luce un desvanecimiento de fronteras
con lo imposible.

Si es pertinente ahora aludir
a la arqueología de los conceptos,
este es el lugar para entrever
a la **deidad oculta**,
-sin ojos, sin oídos,
sin los tristes devaneos con la finitud
y sus grotescas expresiones-,
de un monoteísmo *in nuce*
que arroja por la fuerza de su unicidad
a toda suerte de deidades
hasta hacerlas morder el polvo de su mentira.

En el mundo helenístico-romano,
durante la gestión del estoico Marco Aurelio,
un escritor sirio, nacido en Samósata,
decidió retomar el papel de los críticos
antropomórficos de la religión.

Era el gran Luciano⁴
a quien Engels llamaba
“el Voltaire del mundo antiguo”
y que, en sus múltiples obras,
escritas en griego ático puro,
se entretenía en dar a beber a las dioses
un tazón de mala leche,
recién ordeñada,
fresca y apetitosa
o dirigir el irónico venablo
de su radical escepticismo,
que envenena la cicuta,
a desacreditar toda religión:

⁴ que nació en 125 y murió, probablemente en Atenas, en 181 D.C.

lo mismo el politeísmo en decadencia
-Zeus ,al decir de Luciano,
imprecaba a las deidades diciéndoles:
“Basta ya de pelear entre vosotros
como si fuerais hombres” -
que el cristianismo que vivía
la púbera etapa del incienso⁵.

En su embate, la cuchilla de la burla
no dejaba títere sagrado con cabeza
hasta hacer una *árida montaña*
del monte Olimpo,
como aquella en que un músico,
tan modesto como grande,
se pasó la noche
interrogando, infructuosamente,
a una amnésica brújula,

⁵ En una actitud semejante a la de Celso, crítico romano del siglo II D.C. que consideraba el cristianismo incipiente como una vulgar superstición.

acerca del sentido
de la vida.

Otra crítica del politeísmo
y de los primeros cristianos,
fue la gran filósofa,
destacada también en las matemáticas,
la astronomía
y en lanzar las primeras catapultas de fuego
contra el patriarcado,
Hipatia⁶, seguidora del neoplatónico Plotino,
la cual no podía dejar de reírse con desprecio
de los charlatanas politeístas
y de los supersticiosos cristianos.
Sus tesis y la independencia de su ideología
enfurecieron de tal manera a una turba de cristianos⁷
que lincharonla sin piedad

⁶ nacida en Alejandría en 355 o 370 y fallecida en 415 o 416 D.C.-

⁷ Al servicio, al parecer, del cristiano Cirilo.

en una de esas ocasiones en que el dogma,
 con un pie en el infierno,
 llena las pilas de la iglesia
 no del líquido persignado de costumbre
 sino de sangre hermana.

Pitágoras de Samos⁸ no nos ofrece
 una idea nítida de lo que entiende por Dios.
 No obstante,
 esta idea, manantial en que bulle la existencia,
 puede ser rastreada
 en su concepto de **Mónada** que, como **uno**,
 hace alusión no sólo a la identidad de cada quien
 -el yo en el laberinto de su cráneo-
 sino a la armonía general del universo.

La **Mónada** es perfecta, pero da a luz la **Díada**
 que no lo es

⁸ Aunque Pitágoras nació en la isla de Samos en el mar Egeo, vivió muchos años en Oriente -sobre todo en Egipto-, y se trasladó posteriormente a Crotona, en la Magna Grecia, donde fundó una hermandad que se hizo famosa por sus concepciones filosófico-matemáticas, políticas y sociales.

y que Pitágoras identifica con el mundo.

El número impar es preferible

al par, porque éste, en desdoblado lo uno,

cierra el camino a la perfección.

Aunque este planteamiento mira de reojo

y hasta le hace guiños a la dialéctica ,

no deja de chapotear en la espuma altisonante

de la abstracción.

La armonía no sólo se halla

en el tararear, con orden y concierto, de los números,

sino también en el firmamento

y su ingente música de las esferas.

En esto se basan algunos estudiosos de Pitágoras

para decir que su concepción del Altísimo

es más bien *panteísta*.

Pero aquí,

como en Sócrates

y en su más importante discípulo,

la duda levanta la mano
 como una antorcha en la que chisporrotean
 pertinentes signos de interrogación.
 De Platón no se puede afirmar
 que sea *politeísta*
 -aunque hable de los dioses-,
 ni tampoco *monoteísta*
 -por más que aluda al **Demiurgo** en el *Timeo*
 o hable del ***Alma universal***
 que se encuentra al centro del cosmos-,
 ni asimismo *panteísta*⁹
 -aun suponiendo que las ideas o lo divino
 precedan en el orden lógico
 fundando (como modelos)
 a las cosas.

⁹ O panenteísta. El ***panenteísmo*** es un concepto que afirma que Dios es tanto inmanente al universo como trascendente a él, diferenciándose del **panteísmo** (en que impera la inmanencia) y del monoteísmo (en que domina la trascendencia). Es una teoría sostenida en el siglo XIX por Karl Christian Friederich Krause y en los tiempos modernos por el estadounidense Charles Hartshorne.

Lo material en Platón es una masa
que, sin las ideas, carece de formas distintivas.
Entre paréntesis digo que:
en ninguno de los filósofos griegos,
ni siquiera en Aristóteles,
la **creación** tiene el carácter
de salto mortal o cabriola metafísica
de la nada al universo;
ella aparece más bien,
si queremos conservar el nombre,
bajo la forma de un tránsito del **caos** al **cosmos**.
Se trata, en sentido estricto,
no de una génesis radical
sino de una *recomposición*,
una delicada orfebrería
que pasa de lo informe y desordenado
a un mundo que, en sus mejores días,
se codea con lo poético.

Una transformación en la que intervienen dioses superlativos, el Demiurgo o entidades, como el “alma universal” que se halla al centro mismo del cosmos.

Pero a decir verdad estos principios, que son la madeja de todos los filamentos, y a los que no tiene empacho Platón o los neoplatónicos en llamar Dios, carecen de personalidad y no pueden ser vistos como el Dios trascendente del que hablará el cristianismo.

Al parecer, el discípulo de Sócrates aludía, en la cotidianidad, a las divinidades por sumisión a los prejuicios, al lenguaje común

-como cuando los incrédulos
decimos: “adiós, hermano”
o “por Dios, deja de ver a esa dama con esos ojos”.
O quizás aludía a la “diplomacia táctica”
que exigen en veces el poderío y la religión;
pero su pensamiento estaba lejos de dotar
a las *ideas* -incluso las más altas
como las del *Bien*, la *Belleza*, la *Verdad*-
de ninguna clase de moldeado antropomórfico
que les insuflara conciencia y albedrío.

La idea del Bien, por ejemplo, no tenía
conflictos conyugales con el Mal
como Zeus y su consorte Palas Atenea,
ni el *Topos Uranos*,
como el Olimpo,
podría ser vista
como la ciudad de los enredos, las calumnias

y toda la basura que barren los humanos
hacia la atmósfera.

Según el *Timeo*¹⁰, al principio,
cuando Cronos dejó de ser invisible
y los minutos podían ya ser contados
con las enjutas manecillas
de los dedos
o con los cronómetros de sol y de agua,
sólo había en el mundo, como dije,
materia informe
como un barro, dormido en su esterilidad,
que se hallara al margen del menor indicio
de fecundación.

Al ser la *materia* platónica, por otro lado,
causa del olvido del *eidos*,
deviene el origen del mal:
las *ideas*, zambullidas en las olas crepitantes

¹⁰ Libro clave de Platón influido por Pitágoras.

del sensorio,
habrán de ser que ser pescadas
con los agujeros-cogidos-de-las-manos
de las redes de la *anamnesis*¹¹,
la cual,
para que el filósofo pueda
reencontrarse con lo eterno,
exige poner un “hasta aquí” a las pulsiones
y su turbio manantial de apetitos.

El **caos** era el mundo patas arriba,
donde toda posible individualidad
-perdices, grillos desgañitados,
unicornios azules,
criaturas que no hallaban su voz
oculta debajo de la lengua-
aún no descubría sus órganos olfativos
ni mucho menos cómo echarse a respirar.

¹¹ La reminiscencia.

Por contra, los entes espirituales
podían blandir
un ramillete generoso de *ideas*
que, atravesando los salones de lo eterno,
y desde la inconmensurable altura de lo inmaterial,
no entendían, por más que se les explicara,
qué era la libido,
la fecundación,
el nacimiento,
la vida, el acto de reproducirse
y el deceso:

las anteojeras de la eternidad
les impedían ver
cómo hay entes que discurren por la vida
masticando los tiempos verbales
que, quiéranlo o no,
les son propios.

Fue entonces que aparece en escena
la fábula del ***Demiurgo***,
el cual, comparado con el Dios
de los monoteísmos por venir¹²,
tenía dos limitaciones:
no era autoconsciente,
sino que, fungiendo como un ímpetu creador
-con no sé qué nudos espirituales de fuerza-
y ordenando los desatinos de la realidad
pre-cósmica,
descubría la fe de erratas
de lo absurdo.
Además , privado de la posibilidad
de extraer cualquier cosa
-por minúscula que fuese-
de la nada,
la *creatio ex nihilo* fue el primer mandamiento

¹² judaísmo, cristianismo, mahometanismo.

de sus incapacidades.

Sólo le era dable afirmar el vínculo

de **modelo/copia**

entre las ideas y las seres empíricos

o, lo que tanto vale, inducir a lo material

a la **imitación** de las mismas.

El **eidos**, como dije,

es impoluto e imperecedero

y a diferencia de los fenómenos

y las cosas que discurren en la tierra movediza

de la práctica,

posee en su bagaje, además del Bien,

la Belleza y la Verdad,

la mismísima muerte pero muerta.

El **Demiurgo** tiene como faena principalísima,

dílogo de nuevo,

facilitar el brinco del caos al cosmos

-como si, teniendo en mente la armonía,

jugara a armar el rompecabezas del desorden-
y lo hace de la mejor forma posible
inspirado en la Belleza, la Verdad
y sobre todo el Bien.

El ***Demiurgo***, como en la filosofía de Empédocles,
separa los cuatro elementos,
impregna de alma todas las cosas
-dando al ***animismo*** el don de ubicuidad-
y, hallándose en el *espacio* que prefigura el orden,
genera el *tiempo*.

Pese a que Aristóteles veía
en el ***Demiurgo*** de su mentor
una simple metáfora
-un mito como el del carruaje o el de la caverna-
los primeros cristianos,
a la busca, en su arqueología teológica,
de fósiles divinos,

sostienen que el *Demiurgo* del *Timeo*
prefiguraba,
 aunque deforme,
 la imagen de Dios,
del Dios único y eterno que se halla en el común altar
de los monoteísmos.

Para ciertos pensadores,
a mi entender erróneamente,
Aristóteles es, en la filosofía helena,
con su intuición de esa mecánica sobrenatural
que es el Motor inmóvil,
el creador del monoteísmo maduro,
y hasta de la idea de que
no sólo tenemos y nos cuida un papá contingente
tan efímero, mortal y poca cosa
como nosotros,
sino un Progenitor, un *padre nuestro*,

no sólo colectivo,
sino patrón indiscutible del Allende,
del reguero sin fin de estrellas y galaxias incorpóreas
que hacen el Más allá,
un Dios, para decirlo pronto,
que desliza por sus venas
no los glóbulos de lo fugaz
sino el plasma de lo eterno,
que se fuga de la cárcel numerada
de los relojes, no sabiendo ni de oídas
de la cuna y el sepulcro.

Para llegar a esta noción,
sinónima de absoluto
y antónima de la perecedera
insignificancia,
Aristóteles, para esos intérpretes,
como discípulo de la Academia

que lo fue en su juventud,
vivió el momento en que
la posibilidad de un **Dios único**
sufrió un eclipse total, producido por la nada,
cuando el escepticismo no pudo ya retener
las palabras en su boca;
tras lo cual, Aristóteles se dio a reunir
los conceptos,
las argucias,
los dúctiles recursos
para sacar a Dios de sus escondrijos
y tender nuevamente en el firmamento
la constelación de *lo divino*.
Su **Física** le sirvió de trampolín
para acceder a la **Metafísica**,
esto es a la *filosofía primera*,
donde reinaba, a su juicio, el Ser inmaterial,
indivisible e inalterable

a quien los ojos, la menudencia y la orfandad
llaman el *Altísimo*.

Tras la momentánea obnubilación de Éste
-que dejó de estar en el cielo, la tierra
y en todo lugar durante el eclipse mencionado-
lo primero que Aristóteles acarreó a su frente
fue el *hilemorfismo*
o séase la noción de **materia** y **forma**,
en una suerte de matrimonio inmarcesible.

Lo mineral, lo vegetal y lo animal,
y en el piso más alto del rascacielos,
lo humano,
tienen su *forma* respectiva,
la huella digital de su pronombre,
de su *esencia*¹³,
aquello que da a la cosa
su mismidad.

¹³ O *ousía*.

Si el cuerpo de los hombres es la **materia**¹⁴,
 su **forma** es el alma,
 un alma racional
 que, a diferencia de las irracionales,
 da con las primeras palabras
 para deletrearse a sí misma
 en la infancia de su fuero interno.
 Es, sí, una *mónada* -como quería Pitágoras-
 pero con ventanales¹⁵

para que la intemperie
 no brille por su ausencia
 y deslumbre al ojo
 con sus ráfagas de luz enloquecida.

Dios es la **forma de las formas**,
 el Ser que da sentido a la proliferación
 indefinida de plantas,

¹⁴ **materia prima** o informe. Y el mismo cuerpo ya con su alma es **materia secunda**.

¹⁵ A diferencia de las mónadas de Leibniz.

flores,
mariposas imantadas por la miel
y criaturas racionales;
el Ser provisto de infinita potestad
que reúne bajo su amparo una feligresía
consciente o inconsciente de criaturas.

Otra noción que Aristóteles puso en juego
alude al devenir:

trátase de la ***potencia y el acto***,
la simiente preñada de futuro
y la aurora que nacería
con la ayuda de la comadrona interior
de la propia matriz
en la placenta del rocío.

Las cosas y los seres vivos
se mueven en el espacio,

al irse, se dan la espalda primero
y la espalda de sus huellas después,
y vuelven,
con su fardo lleno al inicio de la lejanía
y más tarde de la proximidad que se esfuma
para ser ya presencia.

Pero también *se mueven en el tiempo*
y al hacer tal cosa,
escudriñando las entrañas del prodigio,
brincan de la *potencia* al *acto*.

Este pensamiento es precursor
de la *ley dialéctica del trueque de la cantidad*
en calidad.

Cierto que los griegos
-como dice la expresión ***natura non fecit saltus***-
veían en general los cambios físicos
como graduales,

como si se pasara de un estado a otro
pasito a pasito y sin que el cabello se les despeine;
pero la noción de que madura la **potencia**
(y se desarrolla al punto
de poder reemplazar la **forma**
y “saltar” al **acto**),
no deja de tener algún parentesco
con la ley hegeliana y marxista
que asienta que si hay,
y sólo si hay, en un fenómeno
una acumulación de transformaciones graduales,
mudanzas a veces imperceptibles,
cambios niños,
reformas milimétricas
que se dan en una proporción *cuantitativa* necesaria,
sobreviene, a partir de un *punto crítico*,
un cambio de *cualidad*,
lo que, afirmado en lenguaje aristotélico,

equivaldría a decir que irrumpe,
a partir de la *potencia*,
un nuevo acto,
una realidad distinta,
una *forma* que estructura de diferente modo
a la *materia*.

La convicción de que
lo que está en potencia desemboca en acto,
da dinamismo al par ***materia/forma***
y hace de la filosofía ***peripatética***
una filosofía del movimiento.

La agilización que trae consigo esta tesis
conduce a Aristóteles a la pregunta:
¿qué es lo que impele a la potencia
a transmutarse en acto?

Y puesto que él no arguye,
como los materialistas,

que la materia es **semoviente**,
se ve en la necesidad de traer aquí la teoría del **motor**.
Es, sí, una teoría **mecanicista**.

Las cosas, para él, se mueven en el tiempo
de manera similar a como lo hacen en el espacio:
tienen que ser arrastradas,
movidas a empujones
por una fuerza motriz.

Las cosas, sin estos impulsos, quedaríanse quietas,
estancadas en su inmovilidad,
con los pies secuestrados por la apatía.

Visto desde el Liceo¹⁶,
todo el mundo
era una realidad motorizada.
Con el impulso pertinente tras de sí
cada objeto iba

¹⁶ La institución formada por Aristóteles, en que, seguido de sus alumnos (Teofrasto, Eudemo, etcétera), caminaba alrededor de los jardines explicando su pensamiento (de ahí el nombre que se le da a su filosofía: peripatética).

de la potencia al acto
y de una forma a otra.

La misma muerte, en lo que alude al cuerpo,
era pasar de la **potencia destructiva** del morbo
al **acto** de la hecatombe,
su festín de larvas y la emergencia
de originales e inéditas **formas**.

La ley cobijaba, no obstante, una excepción:
el Altísimo era **acto puro**.

No un **acto** que la **potencia** diera a luz,
tras los trámites de la fecundación,
sino aquel en que la eternidad
excluye todo barrunto
de preámbulo creativo.

Era también motor, pero **motor inmóvil**,
Ente que luce la facultad de mover,
pero que, inalterable, no necesita
de que alguien le dé cuerda

y le cuente los pasos.

Dos tipos hay de motores:

los que, siéndolo, también son movidos

-como el sol, la luna y las estrellas-

y el que lleva la acción a todo,

lo que se dice todo,

pero permanece sin mover un músculo

o la fibra de un nervio.

La manera en que el **Motor inmóvil**

mueve a cuanta cosa hay en el mundo

es vislumbrada por el Estagirita

de modo *sui generis* : no empuja sino atrae.

No impele lo que existe

para que forme la cadena interminable

de lo que, más o menos bien apoltronado,

ocupa un lugar en el enjambre sin fin

del todo,

sino que, dada Su perfección,
y el poseer en plenitud
la hermosura, la inteligencia y la dicha,
se hace radar de deseos
y apetito que embarga el corazón
de todas las criaturas, grandiosas o nimias,
enfermas de insignificancia.

No puedo ver en Aristóteles,
como dije,
un antecedente real del deísmo futuro.
Es cierto que él concibe a Dios
como **El Supremo** y todo lo que implica
-hacer que la perfección salga al escenario
y tome el micrófono-.
mas, a diferencia de los monoteísmos
posteriores,
este ***Motor inmóvil***,

tirano mecanicista de todo lo que fluye,
no concierta negocios con la nada
ni construye, al tronido de dedos,
un mundo hasta entonces inexistente.

Mundo que, en insólito nacimiento espontáneo ,
desplazase a la nada
-donde no existiera ni el menor indicio
de una huérfana representación del ser-,
para ocupar su lugar.

Y es que, se precisa afirmarlo,
ninguno de los pensadores griegos
ni Aristóteles! habla de la ***creatio ex nihilo***
ni podría suscribir el capítulo del Génesis
del Antiguo Testamento
y su pretensión de trocar,
en seis días, la ausencia de lo que es,
la realidad deshabitada,

por su abrupta aparición.

Eso por un lado.

Por otro, estoy seguro

de que Aristóteles no considera a Dios

como una Persona consciente de sí,

al modo en que *Zeus Cronida*

o Palas Atenea,

los héroes o los humanos

no sólo son conscientes de lo otro,

sino que también,

en lo que Kant llamaba ***apercepción,***

lo son de sí mismos.

Se me figura, Lucrecio,

que los cristianos se pusieron a interpretar *a modo*

al Supremo concebido por Aristóteles.

Pero ese proceder es una adulteración,

un llevar agua bendita

a su molino.

1.1 De la finitud y sus angustias

Da rienda suelta, mi pluma,
a tu sed de tinta, y dime
a qué se debe
que el charco de agua,
en que no cabe una sirena
-ni tampoco, lo sé,
cualquier diminutivo que se empeñe
en restarle centímetros-,
tenga en común con el mar
(que se pasa todo el día
jugando al infinito)
perennes disputas fronterizas con el aire,
el fuego, la tierra.
¿Es el charco quizás un símbolo de la finitud
que a todos nos embarga?

Da rienda a tu sed de tinta
y dime
¿por qué el espacio y sus limpios corredores
-que encuadran el hipódromo
en que discurre la carrera
de ráfagas finísimas,
de pura sangre,
cuyos relinchos galopan, frente a la meta-,
se halla encerrado en los límites
del tramo recorrido?

Da rienda a tu sed de tinta
y dinos por qué,
cuando un difunto se sepulta
y la tierra es la matriz de la nada
-en los funerales de ese tiempo
que el individuo recorre
hasta caer de bruces-

el cadáver no tiene nada en común
con la simiente que,
al germinar, se sube por sí misma
para ver el firmamento.

Estoy convencido,
oh mi musa de tinta,
de que debemos re-signarnos
a nuestra insoslayable finitud,
y a que las promesas
-que brotan en los púlpitos de la fantasía-
de una vida de ultratumba,
no son sino cuentos de hadas
que alimentan a un infantilismo
que se niega a desaparecer
con la terquedad a todo volumen,
y resguarda en nuestro ánimo
sus juguetes y temores.

Mas dime ¿hay alguna razón que nos aclare
por qué nuestro final tiene que ser,
si no siempre, sí con una frecuencia aterradora,
el momento en que las aves carroñeras
de la angustia y el dolor
se ensañan con nuestra carne mortecina
como bestias que se entregan
al supremo de los goces
de su festín de carroña?

Da rienda a tu sed de tinta
y aclárame
por qué la tierra,
que está quietecita,
sin ningún hormigueo en las entrañas
ni un solo grano de arena
conspirando
para fraguar el deslave sorpresivo,

de repente recibe una feroz sacudida
cuyo epicentro está en el infortunio,
o en la ausencia de Dios,
y se pone a temblar
como caos al que le sueltan las amarras
o pedazo de tierra a la deriva.

Dime la razón de que,
pese a que la cabeza pelirroja de un fósforo
es del tamaño de un milímetro recién nacido,
le es dable idear siniestros inolvidables
en manos de la locura:
incendiar un bosque,
carbonizar un santuario,
convertir a dos cuerpos que hacen el amor
en un poco de ceniza entremezclada,
llegar hasta al punto de volver el cuartel de bomberos
-si el agua, introvertida, sufre ataques de descuido-

en un camposanto donde sólo sobrevive
alguna manguera humeante.

Dime la razón, oh tinta,
de por qué la existencia, la de todos,
tiene las horas contadas
y un número de pasos
que, recorriendo la vereda de lo efímero,
calzan su talón de Aquiles.

¿Por qué Los cuatro elementos
que viven de común una mansedumbre semejante
a la del can que, ante su amo,
se traga sus gruñidos,
se ríe y se sonríe con la cola
y lame los grilletes
que lo atan a su dueño,
de pronto

-un *de pronto* que se fuga
de la caja de Pandora-,
son víctimas del pandemónium del desvarío,
de la estación que sintoniza con el infierno
y, en pie de guerra,
hacen, por obra y gracia del “destino”,
una distribución equitativa de la muerte?

Sé lo que van a decir algunas voces:

“atrás de todo lo que sucede
-lo bueno, lo malo o la caída
del aerolito de la casualidad
en la cabeza de un ingenuo transeúnte
que no sabe nada de astronomía-
tiene su causa, su razón de ser,
su porque sí,
en la inteligencia, la mano, la intención
de lo inefable,

en los juegos y juguetes caprichosos
de la voluntad divina,
en el que, **causa sui**,
es la simultaneidad embarazada
de la potencia y el acto.

Todas las cosas -¡todas!- se hallan embebidas
en su finitud.

¿Ello responde, dime,
a la **diké**?¹⁷

Una libreta,
la nariz de *Gogol*,
las pezuñas del “siete leguas”,
el amor eterno que se juraron
don amantes en el manicomio
de la juventud,
la vieja máquina de coser,
inservible,

¹⁷ La justicia.

como una momia de la revolución industrial,
que está en la planta baja
de la casa de departamentos donde vivo
y que ha sido colocada ahí
para jugar el ingrato e imposible papel
de tejer un recuerdo.

Todas comienzan en el **aquí**
señalado por la bondadosa pericia
del dedo índice
y terminan **allá** donde quiere o puede
instalarse cómodamente
su medida.

Y ello rige no sólo
para lo que se halla a la mano
con los amables centímetros
que permiten
-portento en riguroso diminutivo-
una tierna caricia

sobre la cabeza de algún objeto,
sino también para lo que,
engullido por la lejanía,
se halla instalado en la mentida nada
de lo invisible.

Las cosas, aclárame,
aquellas que nos rodean,
nos hacen guiños
o nos desprecian
¿pueden ser divididas
- si no con la navaja de *Occam*¹⁸,
sí con las tijeras de *Leucipo*¹⁹-,
en dos entes en que encarnan
-como gemelos que progresivamente
vanse engendrando-,

¹⁸ Guillermo de Occam (1280-1349) fraile franciscano inglés. La *navaja de Occam* alude a la suposición de que la explicación más sencilla de un problema es, en general, preferible a una compleja. El filósofo nació en Ockham, pequeño pueblo de Surrey.

¹⁹ Leucipo de Mileto, maestro de Demócrito de Abdera.

las mitades idénticas,
escindidas de dos en dos,
hasta ir
de lo grande a lo pequeño,
de lo pequeño a lo minúsculo,
de lo visible a lo invisible
y así *ad infinitum*?

Pero esta conclusión,
este perder el piso,
este dar pasos en falso y en el aire,
este correr al barranco
para despeñarse
en el tonel sin fondo del abismo
o este ver el *infinitum* micro
como si fuera la clonación
inversamente proporcional
del *infinitum* macro,
¿no clava el puñal de la angustia

en el pecho de *Demócrito*,
Epicuro, *Lucrecio*,
Gassendi o *Galton*,
que sueñan aún con que los átomos
-cuya división ahora, desde la modernidad,
abre la puerta
a lo cada vez más infinitamente
minúsculo-
sean los simples adobes
que conforman el cerrado mundo
donde se imaginan que vivimos?

1.2 *Viaje y compañía*

Aquí en este punto,
en este paraje espiritual al que ha llegado
mi deambular poético,
sufro una metamorfosis

que quiero desplegar ante tus ojos,
oh lector.

Siento, al advenir a este punto,
que mi poema es un viaje
con destino expreso,
nítido, deliberado
como el de *Dante*
o muchos otros portaliras
que, con los pies del hexámetro
o el taconeo de la prosodia románica
han emprendido odiseas
hacia los puntos cardinales
de su obsesión.

En este peregrinar me siento acompañado,
no por *Virgilio*, el idealista
compañero del autor de la *Comedia*,
sino por *Lucrecio*, el discípulo de *Epicuro*
y amante de la vieja teoría

de los átomos.

Es mi cayado, mi brújula, mi guía

en una derrota que se dirige no al ***allende***

-el infierno, el purgatorio, el paraíso-

sino a diversos parajes del ***aquende***.

1.3 El mal incurable de la finitud

Todo lo que,

respirando o no,

circunda a los individuos,

con inclusión de ellos,

padece del mal incurable
de la finitud.

Todo, en mayor o menor medida,
cabalgando en un segundo
o al desafiar, con ínfulas de estatua,
la lentísima ponzoña de un milenio,
posee en su interior
la “liebre perseguida por el hado”
de lo efímero,
de aquello que tiene la propiedad
de pudrir lo consistente
y sacar a codazos toda pretensión
de perpetuidad
para entregarle las riendas
a la instantánea duración.

Oigo, *Lucrecio*, que te hayas murmurando
que todo en mayor o menor medida

padece del mal incurable
de lo fugaz.

Y yo, asintiendo, me digo
que las flores y el florero,
los suspiros y el anímico fuelle
que los engendra,
los satélites, los planetas, las galaxias
y hay quien dice que el mismísimo cosmos
tendrá, el siglo menos pensado,
un pie puesto nuevamente
en el desorden.

Todo lo que nos rodea
ha sido creado en la fragua de la geometría
con sus tres dimensiones.

Tiene un volumen.

Vive en algún suburbio de la **res extensa**,
para decirlo con el latín del maestro

de *Cristina de Suecia*.

Ninguna de estas cosas

ha oído nunca hablar del infinito

y pudorosamente, si es necesario,

se ciñe sus fronteras

para proteger su identidad.

2. De la ausencia de ser

Como desde el primer momento

en que vemos la luz,

en que nos acuna el oxígeno

y en que la mente

da las iniciales cabriolas

de la experiencia y el entendimiento,
advertimos que todo
lo que se halla a nuestro alrededor,
tiene principio y fin
en el espacio y el tiempo,
algunos pensadores -muchos por desgracia-
trasladan neciamente lo que ocurre
en los **tramos intermedios** del devenir general
-nuestra reiterada experiencia
de lo finito-
al cosmos en su totalidad
y entonces hablan de un “tiempo”
donde no había mundo,
donde **lo ente** no cabía
ni en la nuez de una promesa,
y en que la nada era poseedora de todo,
propietaria de la inmensidad del universo
y de la infinitud de la minucia.

Una ***ausencia de ser*** que,
por no principiar,
se podría decir eterna;
pero no,
porque al transfigurarse,
un día cualquiera,
en una nada con instinto materno
-o, lo que es igual, una nada
de la que, en paciente labor de parto,
se arrancó
todo lo habido y por haber-,
aparecía,
para ser más exactos,
como ***seudo-eterna***,
expresión que podría emplearse
para lo que, careciendo de principio,
cae de bruces en el morder el polvo
de su inexistencia

o, si se prefiere, en su desplazamiento
por aquello que ***es lo que es***
por los cuatro costados,
sin oquedades de nada
o vacíos absolutos fuera de lugar.

Oh musa mía,
en cuyas venas corre
la tinta con que escribo,
dime por qué tantos filósofos hablan
(sin la ***fronesis***²⁰ que según el Aristóteles
de la ***Etica nicomaquea***
debe respaldar a todo el que reflexiona),
no sólo de que el mundo tuvo un inicio
-el ***big bang*** dicen los hombres de ciencia-
sino una Primera Causa,
fuertemente afincada en su ***aseidad***²¹.

²⁰ La prudencia.

Una madre-padre de todo lo que existe.

Un Dios o una ***natura naturans***

que, en su práctica divina,

se entrega, manos a la obra,

al exterminio del no ser

y forja la ***natura naturata***

hasta sus últimos detalles.

No sólo la luz, la tierra,

la atmósfera y los mares,

sino una colección

-que fue su orgullo durante mucho tiempo-

de ***coacervados***

-tan informes que nadan aún

en lo acuoso de sí mismos-,

de ***trilobites***

que se acercan, ***rallentando***,

a la vida organizada

²¹ Aseidad es para el pensamiento teológico la propiedad por la cual Dios existe en y a partir de sí mismo.

y **vibriones** dañinos que se ocultan
en su ser invisibles
para dar sus zarpazos.

La finitud de las cosas
hace inferir a ciertos pensadores
que el **todo** es tan fugaz
como cualquiera de sus **partes**,
las que, si ponen un pie
en el acta de nacimiento,
enseguida colocan el otro
en el acta de defunción.

Teniendo el dogma
como su superchería de cabecera,
otro tanto sucede
con aquella **weltanschauung**²²
que -tras de percibir las cosas

²² Concepción del mundo.

a través de los lentes con fondo de botella
de su metafísica-,
deduce de la finitud de la práctica humana
que el mundo tiene límites
y disputas fronterizas con la nada.

3. De la esencia de las cosas

“Tu **Poema filosófico** -me dice Lucrecio-
debería de llamarse Novum **De rerum natura**²³
porque veo que has sido capaz
de construir a tu vera un paréntesis invisible
para encerrar en su silente espacio

²³ El gran poema de Tito Lucrecio Caro es **De rerum natura** o De la naturaleza de las cosas.

a todo tipo de dioses,
ordenamientos teleológicos
y mampostería milagrosa.

Buscas sólo, como yo,
explicar la **fisis** por sí misma,
en los límites de una sobria inmanencia,
sin aditamentos extraños
sin la **troupe** de ángeles ripiosos
y artificiales.

Cuando hablo de la **naturaleza de las cosas**
me refiero a su conformación esencial,
a lo que son a ciencia cierta
y adelanto la hipótesis
-que me heredó mi maestro Epicuro-
que todo (o sea lo que se halla
a lo largo y a lo ancho de la totalidad)
está formado por átomos
o corpúsculos materiales invisibles.

Lo mismo haces tú en tu **Poema**.

¿Me equivoco?”.

Yo asiento sin dubitación alguna,
sin la santurronería del dogmático pirronismo²⁴
y a continuación reflexiono
que las personas con su fuerza de trabajo,
sus instrumentos productivos
y una causa final gestada en su cabeza,
creamos una cosa,
un útil,
un satisfactor.

Si entonces nos preguntamos
muy filosóficamente por su **esencia**,
no podemos responder,
como lo hacían *Santo Tomás de Aquino*
y su maestro *Alberto Magno*,

²⁴ Pirronismo viene de Pirrón de Elis (360-270 A.C.) supuestamente el primer escéptico radical de la antigüedad griega.

que aquélla es lo ***que hace de una cosa
que sea lo que es
y no otra***

-definición de esencia que se ahoga
en la atmósfera enrarecida
de la abstracción-,
sino aquello para lo que fue creada.

Su carácter definitorio

no se halla en general en sus atributos naturales

-forma, color, sustancia que la integra-
sino en el ***para*** de los humanos,

el ***telos***

o la intención que, manos a la obra, se puso

para arrancar de la materia prima de lo informe

un ente que, con beneplácito,

sirve a nuestros fines.

Un instrumento puede ser utilizado, cierto es,

al margen de su condición definitoria.

Un termómetro, verbigracia, puede servir
para rascarse la piel o alargar el dedo
para pedir la palabra,
mas su esencia , es obvio, no es otra
que la de medir la temperatura.

La silla puede ser verde o roja
o de plano negra
-como el cerebro de un delincuente
que no haya cómo arrepentirse-,
puede ser de encina, de metal o de bambú
y rendir honores a la comodidad;
pero esos atributos (el color o la materia)
no la definen como silla,
sino que esta definición
surge de la finalidad con que fue creada
-para sentarse y poder admirar las estrellas
o hablar de filosofía con usted.

Los humanos son la especie animal
que traen al mundo el *fin*
de la transformación,
el *telos* de la juguetería fantástica
de la lucha por el bienestar
y el “pasarla lo mejor que podamos”.
Nos desvivimos
por extirparle las garras
a la ferocidad de la naturaleza
y le restañamos el látigo
al huracán que nos azota
para que torne a la mansedumbre
de sus brisas.

Los metafísicos,
los que fuman porros de incienso,
los que saborean con fruición sus plegarias,
y creen que la Biblia o el Corán

es el ojo de cerradura
para atisbar el mapamundi del allende,
aseguran no sólo que existe una Primera Causa
de este cosmos
inconmensurablemente grande, pero finito
en su tamaño y duración,
sino también que ese ***motor inmóvil***
es la Causa final o teleológica de lo creado
en el cielo, la tierra
y en todo lugar.

Las orugas,
los cometas,
los delfines,
los labios leporinos,
la estrella de la tarde,
los continentes, las islas
y lo archipiélagos,
las partes pudendas esplendorosas

y las miserables que no se arriesgan
a salir a la intemperie,
las jibas de los jorobados,
la diferente estatura de hombres y mujeres,
el mal humor al despertar
de los elefantes,
los millones de estornudos
que aquejan a los individuos,
los hoyos negros,
el ornamento inútil de las tetillas de los hombres,
todo, todo,
todo se piensa que obra de un designio,
que fue hecho *para* algo,
con el objeto de.

Dime, *Lucrecio*, qué piensas
de todo lo anterior,
cuando lo que ambos pretendemos

es poner un ***hasta aquí***
al canto de sirena de los prejuicios.

Voy a sacar de la bolsa de mi traje
el viejo relicario de dudas
que siempre me acompaña,
para ver frente a frente la Verdad
aunque se incendien mis párpados.

Y repetir que imputar al ***todo***
menesteres de las ***partes***
me parece un desatino.

4. La eternidad del universo

Pero ¿qué ocurre si se rechaza
la ***creatio ex nihilo*** y sus múltiples consecuencias?
¿Qué, si sacamos a la eternidad material
de las mazmorras de la inquisición

en que se la tiene escondida?

¿Qué ocurre si se asienta

que el mundo existe desde siempre y para siempre,

que la nada,

no sólo es la negación del ser,

sino que sólo habita

en el minúsculo cubículo del vocablo

que la dice?

La nada, como no es,

no puede ser límite de nada.

Si afirmamos: antes de existir lo que existe,

sólo había ese ***desierto de desiertos***

de lo inexistente, es un contrasentido.

Si lo afirmamos.

Lo sé, *Lucrecio*: el mundo, infinito,

no tiene ni accesos principales

ni salidas de emergencia.

No luce grandes ventanas
por donde los entes intramundanos
contemplan espectaculares tormentas de **no ser**.

No tiene ni claraboyas ni rendijas
para que el **ser** pueda refrescarse un poco
con airecillos de **nada**.

Pongámonos, oh pluma, a hablar
más detalladamente de la nada.

De ella, que no tiene ni un grumo de ser,
ni un suspiro de la minucia más insignificante,
ni un átomo
extraviado en su perpetuo vacío,
ni tampoco la más remota posibilidad
de concebir a su antítesis.

La locución romana

ex nihilo nihil fit²⁵

²⁵ de la nada nada surge.

es una verdad granítica,
axiomática.

Si, al decirla, llega a su puerta una duda,
y golpea el portón
con los nudillos de los dedos
hasta sangrar,
la evidencia rehúsa abrirle la puerta,
no la deja entrar al recinto ni por las rendijas
o el ojo de la cerradura.

No podemos declarar:

antes de ser nada había.

Y concebir el ***no ser*** como la catapulta
para saltar,

desde su vaporoso útero,
a la supuesta niñez
de nuestro cosmos,
ya que, no existiendo la nada,
ni siquiera como algo de lo que podamos hablar,

tendríamos que asentir:

desde siempre

no hay nada

sino ser.

No un mundo que nace, se desarrolla,
se reproduce y muere,
sino que sólo se desarrolla y reproduce,
un inmortal universo ***semoviente***.

Hablar de un ***antes*** del ser
para describir su supuesta finitud,
es ***ontologizar*** la nada,
hacer un juego de prestidigitación
y pasar de contrabando lo absurdo
-la incoherencia bautizada-
bajo una simple alocución gramatical.

A los religiosos

la idea del infinito material

les pone los pelos de punta
y les produce un terremoto en las entrañas.

El vocablo *anatema* o *herejía*

saln de su boca

en busca del enemigo

como el veneno salta de la víbora.

“¿Cómo hemos llegado a ser

-nos dicen-

si detrás de nosotros

hay un infinito que recorrer?

¿Cómo contar lo innúmero?

Pese a todo, los creyentes

también conciben el infinito

-en realidad todos, creyentes o no,

tarde o temprano

tropiezan en sus lucubraciones

con él-

pero lo adjudican a Dios,

como uno de sus atributos.

En verdad, todos los reparos que ellos ponen

a la eternidad material

puédense dirigir

a la eternidad divina.

¿Cómo es posible -se les podría replicar-

que Dios tenga que recorrer un infinito

para acceder al momento

de la creación?

¿No se está también contando lo innúmero?

Es el mismo problema pero visto ahora

en la bruma caliginosa del allende.

Los problemas que trae consigo la infinitud natural

para los *deístas*,

para los que tienen crucificado el corazón

en la creencia,

reaparece en la metafísica religiosa

que defienden,

con el agravante de la doble suspensión
del ser y del tiempo que su creencia trae consigo,
pero aquí, en este nivel,
los pasan por alto,
los olvidan a pesar de que complican las cosas
y santo remedio.

Ay, **Occam**, cómo se requiere entonces tu *navaja*.

La infinitud espacio-temporal del universo
es en realidad lo **dado**,

lo intuido racionalmente como lo real,

lo que no nos es dable entender

si le aplicamos nociones, conceptos y categorías

que se usan en las fases intermedias

del eterno devenir.

Una pregunta como ¿por qué existe la infinitud
del cosmos?

carece de sentido,

ya que las preguntas de ese tenor

-¿Por qué está ojeroso el poeta?

Porque se pasó toda la noche

pergeñando versos-.

están inquiriendo por la **causa** de algo

y ese interrogante

que es pertinente para el mundo

de la cotidianidad finita,

ya no lo es, no, ante lo **incausado**

que, siendo lo que existe, trae consigo,

en el ser semoviente en el que encarna,

su respuesta.

5. El problema del tiempo

Pero ven, *Lucrecio*, caminemos a otra parte

y veamos las cosas poniéndonos los lentes

de distinta perspectiva.

Es del *Obispo de Hipona* la tesis
de la ***simultaneidad*** del mundo y del tiempo
-como si el devenir tuviera las horas contadas-:
antes del mundo,
creado por Dios,
no había tiempo, porque éste
también era su criatura.

Pero aquí, oh mi numen de tinta,
aparece de nuevo una ***contradictio in adiecto***²⁶
que pretende,
con sus términos antagónicos,
agarrarnos del cuello
para ahogar y negar a la razón
la gloria de las fosas nasales.

El ***antes***,
como el ***durante***,

²⁶ Frase en que, como en el oxímoron, tiene lugar una contradicción entre el sustantivo y el adjetivo complementario.

como el *después*,
son las *dimensiones sine qua non*
del tiempo.

Hablar de *antes* del tiempo,
como de *antes* del mundo,
es una pifia del tamaño
del peor momento de la *Torre de Babel*.

Es aludir a una categoría temporal
a *destiempo*,
como si un pretérito inexistente
cabalgara en la montura invisible
de la nada.

Escribir sobre *La historia del tiempo*
como lo hace el astrofísico más famoso
de nuestros días,
es como aludir
a la crónica del cuento de nunca acabar
o pretender contar con los dedos

la numeración inconmensurable del infinito.

6. La expansión del cosmos

Se habla de la ***expansión del mundo***²⁷,
y la duda que podría surgir ante esta afirmación
se muerde la lengua
y corre a ocultarse en el silencio
dada la evidencia de la conjetura.
Pero si todo el cosmos,
como el ***ápeiron*** de *Anaximandro*,
es un inconmensurable globo cósmico
que se infla sin cesar,
surge la pregunta : ¿hacia dónde?
¿Qué carácter tienen los rumbos
hacia los que se dirigen

²⁷ Registrado por el dominio del rojo en el espectro.

todas las galaxias?

Se nos ofrece tal convicción
sin esclarecernos la esencia
del territorio, lugar, ámbito,
hacia donde se difunde todo lo que existe.

Parecerían decir los astrónomos:
el universo se expande ***colonizando la nada***,
lo cual carece de sentido,
porque la nada, en ese devenir,
no puede ser invadida
por las tropas de asalto o los marines
del **ser**.

La ***expansión del cosmos***

sólo puede tener sentido si su movimiento
consiste en ir de un tipo de materia
(el cosmos que se expande)

a otro tipo de materia
(el ser material de diferente índole al expandido)
que permite la expansión.
Y no hay de otra.

También se dice que, con el ***big bang***,
surgió un primer producto de materia
extremadamente compacto,
y que lo hizo por ***generación espontánea***
(o intervención divina)
o sea que no fue producido por otro ser material
sino brotó de una nada ***sui generis***,
una nada curiosísima porque, no siendo nada,
tenía por lo menos la posibilidad de sacar
algo de ella.
Pero entonces no era ya la nada,
sino una ***forma de ser***
con el disfraz del absoluto vacío.

También hay quien dice que no sólo
hubo un **big bang** originario
y una expansión del cosmos,
sino que es posible que haya **mundos paralelos**.
Pero ¿qué puede significar esta aseveración?
Para que existieran esos dos mundos
sin el menor empalme,
sin tener un átomo o **quásar** en común,
sin el más pequeño puente
por el que pudiera acceder
la negación de tal paralelismo,
tendrían que ser separados por la nada.
Un mundo estaría por aquí
el otro por allá,
y entre uno y otro tendría que haber un muro divisor,
pero como todo muro es algo,
un fragmento de materia más,
no dividiría nada.

la infinitud divina,
contemporánea de la nada,
precede a todo,
o la infinitud material
es el *prius* contundente,
irrebatible,
aprehendido por las actividades del cerebro
-su obra maestra-
que no es sino el hangar
de donde parten y a donde arriban
todos los pegasos
de la inteligencia.

No podemos, *Lucrecio*,
prescindir de lo infinito.

La idea de la infinitud material
saca de quicio a los creyentes;
pero resulta impensable

que el mundo en que vivimos
sea vástago de una nada
parturienta.

Prescindir del infinito es imposible,
el secreto es encontrarle su morada:
los idealistas,
el fanatismo a flor de labio,
se rehúyen a acatar
las exigencias de la razón
y sus implicaciones.

Niegan la necesidad de ejercer
el máximo parricidio
y asumir con entereza,
con la estoica sabiduría del *ni modo*,
su orfandad,
a más de conducir sin titubeos
la creencia de la vida después de la muerte
al horno crematorio.

Dicen ¿por qué, Dios mío, por qué
perderse en el enredo de los silogismos,
los entimemas
y las antinomias de la razón pura,
si Tú nos has revelado que,
siendo el Rey de Reyes,
el Hacedor de las minucias y los superlativos,
resultas responsable
del milagro de milagros
de la creación?

Ay milagro,
supuestamente posees la habilidad
de hacerle trampas
a la ley.

A tu sombra se dice que las pretensiones
del determinismo
son el hazmerreír de los ángeles

y tienen la pretensión
de cambiar, en el mundo de la ciencia,
la legislación física
por la red de portentos
de un rosario,
algo así como un corto circuito espiritual
en las instalaciones de la materia.

Pero, mi querido *Lucrecio*,
no soporto , no,
el desatino de creer descubrir
símbolos de la fe
en los cuentos de hadas
o la credulidad
y sus orejas de burro.

No lo soporto, no.

7. Nuevamente sobre el tiempo

a) El tiempo físico

Hay para mí, mi musa de la guarda,
cuatro tipos de tiempo²⁸:

uno, el de todos los días,

donde las cosas,

como en la música, se pueden

desenvolver al compás

de un *allegro*,

de un *adagio o andante*,

de un *menuetto e trío*

o de un *prestísimo*.

Cronos es el ritmo del devenir,

la métrica del ser natural,

el conglomerado de momentos de un fenómeno

que deja a sus espaldas lo que fue

como rastro que el pasado devora,

y que abre los brazos de la bienvenida

²⁸ el tiempo físico, el convencional, el psíquico y el histórico.

al futuro ineludible.

El tiempo de marras es un atributo
del ser material,

del ser que constituye el *afuera*
de los cerebros y su rica colección
de ensoñaciones y alucines.

Este tiempo real o físico,
esta fugacidad atropellada,
no discurre por arriba o por abajo
de lo existente,
como si fuera su alma o su custodio,
sino que vive en él,
se adapta a sus vericuetos y arquitectura.
Su modo de ser es la inherencia,
toma la forma
del ser o del fenómeno en que encarna.
Si, como *Kepler* puso en claro,

el movimiento de la tierra
en torno al sol,
no es circulatorio sino elíptico,
el tiempo en que discurre
no describe la petulante curvatura
de lo meramente circular,
más bien un trazo ovoide
que, gloria de la geometría,
celebra el nacimiento
de lo irregular.

El tiempo, como el espacio, es atributo
de la materia.

Se encoge o alarga, si ésta
anda haciendo lo mismo,
y vive diversos tipos de aceleramiento
en el mundo subatómico,
en el atómico
o en el de la astronomía.

¿Qué ocurre con el tiempo
de una pareja?

Se dice que son dos personas
que viven al mismo tiempo.

Que se hacen compañía.

Que tienen al reloj como su mascota
y viven la ***simultaneidad*** apasionada
de dos entes contemporáneos.

Pero no.

El tiempo del hígado de ella
no coincide ni con el carácter,
ni con el volumen
ni con la forma del masculino,
ni siquiera con el matiz de su sabor amargo,
Los ojos, la nariz,
el corazón y las rodillas

de ambos,
aunque coincidan
en el hallarse frente a frente
o en la ventura de la presencia,
cargan, en todos los casos,
diferente *pretérito*
y tendrán distinto *futuro*:
las células que los forman
recorren estrictamente el derrotero
que la conformación biológica les fija.
Los *instantes* de cada uno
que semejan hallarse frente a frente
-y cumplir la gloria
de estar en compañía-
son, ay, mera ilusión,
ya que el *presente* de cada uno
es lo que es
por la carga que trae de lo ido

y el impulso que lo arroja a su *más tarde*.

A pesar de que los amantes
y todos sus órganos internos y externos
se sumergen en su individual historia,
mastican su propio devenir,
arrojan los bagazos del ayer
y van cual jabalinas que olfatean el *adelante*
con la combustión de lo futuro,
¿por qué pensamos, pese a todo,
que la pareja que se ayunta
a las altas horas de la concupiscencia,
y sólo recobra sus límites por la mañana
-cuando los gallos picotean a muerte
los últimos harapos de la noche-,
viven *al mismo tiempo*,
se hacen compañía,
intercambian palabras y suspiros,

son contemporáneos?

Es que no sólo existe el tiempo físico,
el acaecer de lo meramente natural,
la acción recíproca
como el acantilado que moldea el ventarrón
y éste que enflaquece sus músculos
al dar de pies a boca con aquél.

No sólo existe la infinitud de tiempos
que culebream y se interrelacionan
en un amasijo de nudos
que la expresión *complejidad máxima*
pretende describir,
pero se queda corta como la mente
que se desvive por dar con lo verdadero
y sólo se empantana conjeturas.

b) *El tiempo convencional*

A más del tiempo físico,
existe el abstracto,
consensual,
que se desentiende
de las múltiples relaciones y diferencias
de los entes y sucesos del mundo
como quien oye llover...
Es el tiempo convencional de las eras,
los calendarios
los relojes,
los almanaques,
los insomnios ojerosos que amanecen
creyendo olfatear ya en el canto del gallo
el café negro con que comienza
en realidad el día.

Es el tiempo de la vida cotidiana que,
al despertarnos,
despellejar el sueño de la frente,
ir a la ducha, vestirnos,
nos hace calzar la hora
o la media hora
que se tarda en ir al colegio
al trabajo o tener una discusión con Lucrecio
sobre las virtudes de la **ataraxia**²⁹.

Pero también es el tiempo de la explotación
de unos por otros,
porque si, reloj en mano,
de las ocho horas que trabaja
un obrero o una obrera,
cuatro van a sus bolsas,
las restantes son para el delincuente

²⁹ Según los epicúreos y los estoicos, vivencia que se caracteriza por la paz conseguida al inhibir deseos y temores.

que el derecho de propiedad
enmascara de “bienhechor”
porque “genera empleos”
e, hipócrita, se precia de disminuir el número
de indigentes
que emigran al camposanto
con todo y tiempo.

Y asimismo es la hora de las guerras
que se inician puntualmente,
digamos a las doce y genocidio en punto
o al cuarto para la desventura mundial,
levantan su cosecha
de cadáveres y razones podridas
y terminan a las doce
o a las ocho veinte
de tal día,
de tal mes,

de tal año,
de tal desgracia que deja
salpicadas de sangre
varias páginas del calendario.

c) *El tiempo psíquico*

Otro tiempo es el que se alarga
o se encoge
-como una liga en las manos del ocio-
en consonancia con las *vivencias*
del individuo.

A veces, cuando, *impacientes*, esperamos
una llamada telefónica,
sentimos que el tiempo se atasca,
deambula torpemente en un pantano

y podemos jurar que el teléfono
se muerde a propósito la lengua.

Las mujeres y los hombres sanos,
que mantienen buenas relaciones
con sus órganos internos,
le dan los buenos días a sus piernas,
cantan al unísono de su pulso,
le dan golpe al oxígeno
pero odian con furor el *aburrimiento*.

Aburrirse es encharcarse en un tiempo nefando,
un tiempo con olor a cebolla,
una especie de corcel que se muerde las riendas,
convierte sus pezuñas en raíces
y parece convertir su lentitud en infinita.

El mortal *aburrido*
deja su humanidad en el perchero.

Si tenemos la mala suerte
de escuchar unos cantos gregorianos
con la monotonía por directora
-y un reloj que renquea-
nada mejor que un par de algodones
que nos consuelen con un poco de silencio.

Cuando tenemos verdadera *prisa*
en llegar a un punto,
una calle, un bar
donde hemos sembrado la simiente
de una cita,
el vehículo -bicicleta, coche, autobús-
nos parece que en vez de correr,
es presa de una lentitud desesperante,
o, lo que es igual,
que al tiempo le brotan patas de tortuga
y que, en complicidad con los semáforos,

se dedica a tener malignas conversaciones
con la inmovilidad.

Mas, en veces,
al picar las espuelas al tiempo
pisándole los talones a la prisa,
al releer ese “Quijote en miniatura”
que es el *Licenciado Vidriera*,
al asistir a una buena representación
de *Aristófanes*, *Plauto* o *Terencio*,
al hablar pestes del gobernante en turno
en la ***cesinpa***³⁰, la marcha
o el café,
al recibir la divina gracia de *Mozart*
en el paladar de las orejas,
sentimos, sí, que se nos va volando.

³⁰ Célula sin partido.

d)El tiempo histórico

El tiempo histórico
se diferencia de las otras
clases de tiempo
-el físico, el convencional, el psíquico-
en que salen a escena
(en el llamado trueque de la cantidad en calidad)
dos importantes protagonistas
-lo cuantitativo y lo cualitativo-,
los que, en ese orden,
toman el micrófono,
lo tocan con el dedo para ver si se haya
con buen estado de ánimo,
y dicen:
yo, lo cuantitativo,
promuevo en la historia
movimientos superficiales,

no profundos,
quiero que se agite
todo lo que reposa en la comarca,
pero que no tiemble la tierra,
me es esencial que Doña Costumbre,
sea elevada al puesto de Primera Ministra
y, de ser posible, con poderes omnímodos;
si hay señales de cansancio,
y la tradición no puede ocultar sus cuarteaduras,
soy partidario de invitar al *gatopardismo*
a que pase sus vacaciones entre nosotros.
A veces lucho por que esta situación dure
no sólo años, sino siglos
y no sólo siglos, sino milenios.
No estoy en contra, en casos especialísimos,
a que se destituya un gobierno,
pero sí, de manera terminante,
a que se derrumbe un Estado.

Mas de pronto,
cuando el tiempo discurre
dándole la espalda
a una severa transformación
y las cosas y el gentío acatan sin chistar
las órdenes de la rutina
-cada quien recitando el parlamento
de su función-,
el devenir histórico
“se pone botas de siete leguas”,
irrumpe en mis dominios como una locomotora
que, cargada de dinamita,
demuestra ser el más inexorable
demiurgo del caos
y, al tronido de dedos
del *punctum saltans* de un instante
vigoroso y rejuvenecido,
da a luz, a más de los dolores del parto,

la inédita, ignorada, sorpresiva
cuantidad de un mundo nuevo.

Yo, lo *cuantitativo*,
señalo que sólo en el basurero
hoy por hoy es posible dar con las huellas
del viejo mundo.

Sé que en las entrañas de lo ido
se engendró la criatura que chilla
sus diferencias múltiples
con lo pasado.

El salto *cuantitativo*
no es salir -Ortega dixit- de cacería
contra los abusos,
sino instaurar nuevos usos,
olorosos a cosa nueva
y a mañana.

8. El espacio no es el congreso de la nada

El espacio, como el tiempo,
no es absoluto,
ni es el sostén o la atmósfera
de la materia.

No es verdad que el espacio
sirva como lugar en que se citan
oquedades, rendijas, intersticios
celebrando el congreso de la nada.

No es el telón de fondo
donde hay algo que salta y representa
ademanes de ser, gestos de cuerpo.

No es tampoco un vacío en el que aflore,
con el solo habitante de la asfixia,
el único rincón en que la historia
no puede respirar.

Hay espacios que nacen, que gatean
con sus tres dimensiones. Espacios que se yerguen
sumándole agujeros a su hueco,
hasta la edad madura del abismo
-donde está siempre el vértigo asomado-
o hasta esbozar un ámbito que abarque
desde una boca abierta hasta los cráteres
que se abren en la luna.

Hay espacios amantes, cuyo coito
-logrado al presentar el pasaporte
que goza de la visa de la entrega-
extradita sus límites y acaba
con el crónico mal del que adolecen
las naciones, enfermas de frontera.

Hay espacios ya graves: el derrumbe
que amenaza la mina lo demuestra.

Hay espacios que nacen, viven, crecen:
se reciben de tiempo. Son espacios ancianos,
a un paso ya muy niño de la muerte.
Modelado de historia y de materia,
el espacio requiere de su biógrafo
que arroje las leyendas y lo trate
como hermano de todos en el tiempo,
nativo del gerundio y compatriota
de todo lo que se halla,
si olvidamos la efímera existencia,
a una cuna tan sólo del sepulcro.

9. La totalidad autoconsciente

Hay pensadores que dicen
que el ser humano es el ente

donde la *fisis*³¹ toma por fin
conciencia de sí misma,
como si tuviera los ojos
al revés.

Natura no lo hace en los coacervados,
ni en los trilobites,
ni en las piedras,
ni en el cerebro en miniatura de las nueces,
ni en el león que coloca gotas de saliva
en la frente de todos los animales
de la selva.

No lo hace en los caballos,
los búfalos,
las jirafas,
ni en las orugas azules que fuman
en alguno de los parajes más sorprendentes
de la fantasía,
ni en los loros y los cuervos

³¹ la naturaleza.

que ensartan palabras y palabras
en el hilo del instinto,
ni en la hienas con sus fauces
embadurnadas de risa,
ni en los lirones capaces de dormirse
a mitad de un banquete,
ni en el *squonk*³²
que no ha aprendido el pobre
a dejar de llorar.

Es en el ser humano y sólo en él
que natura es consciente de sí misma.
Sólo en él.

Cuando venimos al mundo,
cuando nos absorbe el afuera,
cuando lo único que es dable
afirmar de nosotros
es que fuimos lanzados

³² animal fabuloso del que habla Borges en su *Zoología fantástica* y que también aparece en mi novelema *Empédocles*.

-de ahí nuestro carácter de **yectos**³³-
a este extrañísimo jardín
de delicias y aflicciones,
se puede asentar que nacimos
al desconcierto,
que somos **animales desorientados**,
fuera de sí,
que colindan con su aura custodia,
perdidos en un desierto
que abarca no sólo
el *afuera* infinito que nos circunda,
sino el *soma* en el que estamos
y los hilachos de conciencia
movidos por el aire
que cubren, despeinados, el cerebro.

En cayendo a este mundo
por la herida vaginal, jugosa de ternura,

³³ Expresión empleada por Heidegger para aludir al hecho de ser arrojados al mundo.

de la madre que dejamos,
maltrechos, a la espalda,
ignoramos, ay, todo de todo,
como la hoja en que el blanco
saca a empellones
cualquier mancha de tinta.

A. El orden sensorial

a) La sensación

Ignorantes,
ciegos,
con preguntas nonatas,
e incluso con el ángel custodio
del instinto de conservación

caminando a tientas
bajo la luz que, incomprendida,
sigue siendo oscuridad.

La niña y el niño,
perplejos,
con un caos de sensaciones
que produce una jaqueca precoz
en las sienas de su inicial pregunta,
salen a buscar
el compendio de puntos cardinales
de una brújula
que les adoctrine los pasos,
encienda su frente,
y les ayude, con el espacio y el tiempo
que vienen ya en su ayuda,
a poner el *hic* y el *nunc* en el fardo
de su primera visualización

del mundo.

Antes que nada,

tienen que tañer,

en el mundo *sensorial* con el que nacen,

el quinteto de cuerdas concertado,

la música de cámara

de sus sentidos.

Tendrán que distinguir

la flor que grita en el florero

del turpial

que no tiene enjaulado el corazón;

la lámpara que escurre

su manjar luminoso,

de la claraboya

que le corta las manos

a la oscuridad guerrera;

la sombra del perro, que no muerde,

del can que afila su gruñir
en los colmillos.

El sensorio recibe impresiones
fugaces o duraderas.

Los sentidos, la instalación eléctrica del cerebro,
ponen la base
para hacer, con la ingeniería
de la sana razón,
la maqueta del infinito.

Estos cachorros del alma nos ofrecen
el perfil, la apariencia, alguna intimidad
de los objetos.

Las impresiones son palomillas
que se acercan peligrosamente
al fuego de los *ojos*,
pinceladas de *tacto* en nuestra piel,
olores que nos permiten advertir

no sólo que el oxígeno
huele a vida,
sino también que la carne,
cuando llega a los andenes de la putrefacción,
le entrega al *olfato* la halitosis
de las larvas que nutren su existencia
con bocados de muerte.

Los *sabores* nos permiten
paladear la esencia
de frutos que inútilmente ocultan
la succulencia de su carne
tras de duras cáscaras moralistas
o bajo la frívola liviandad
de sus paños menores.

Los *oídos* sanos,
alertas,
ya con un pie

en la melomanía,
nos permiten disfrutar
la partita para riachuelo solo
o el doble concierto
para lágrimas y suspiros con orquesta.

b) la percepción

La **percepción** es la primogénita
de las sensaciones,
su síntesis,
un amancebamiento de sus trances
que se obtiene si cada sentido
se arremanga la blusa,
pone manos a la obra
hasta poder erguir la escultura de la **idea**
de lo que está frente a nosotros,

advirtiéndolo qué tipo de cosas
o criaturas de carne y hueso
coexisten, pacíficamente o no,
con el sujeto cognoscente,
o con este liróforo que,
fugado de la cárcel de la retórica,
sin las reglas de tránsito de la preceptiva,
suelta en verso libre y a voz en cuello,
sus delirios e inquietudes.

La **percepción** capta
los costados, los frentes, las apariencias
de una ser,
su **phantasma**,
también el objeto en cuanto objeto,
en su mismidad definitoria,
con su esencia y su rico vestuario
de accidentes.

Si la percepción tiene ante a sí
un durazno,
no sólo, en vuelo rápido y voraz,
engulle su imagen
con la rapiña de sus miradas,
sino que, en pulsión táctil, pasa a *tocarlo*,
a descubrir en su circunferencia
de pelusa aterciopelada
un flirteo de la geometría
con la estética;
prosigue a *olerlo*
y a descubrir en él un aroma
que no se confunde con el de las guayabas,
ni con el de los melones,
ni con el de los senos de las niñas quinceañeras.

La fragancia de las frutas,
tras de deleitar al *olfato*,

invita al *gusto*,
lo provoca,
lo atrae con su pregonar persuasivo
a tenérselas que ver con el *sabor*
que la silente propaganda olfativa
insinúa como ferozmente delicioso,
o lo lleva a alejarse de él
rechazado por un paladar antojadizo
que nos trae a la memoria el refrán,
caro al relativismo de los goces,
de que “en gustos se rompen géneros”.
Si se penetra, con auxilio de los dientes,
del perfume del durazno
al escondrijo de su pulpa,
el *sabor* y su amasijo de dulzores,
proporciona
la *sapiencia* de la fruta,
palabra con la cual quiero aludir

al sabor y al saber
al fin amalgamados.
Si, por último,
llevamos la fruta al *oído*
-como se hace con un caracol
para escuchar ***El mar*** de Debussy
a todo volumen-,
advertimos que, aunque lo agitemos,
el durazno,
a diferencia de las granadas chinas
y los cocos,
hace votos de silencio
y se resiste a decir:
este manjar de dioses
es mío.

c) La representación

Las sensaciones, con la ayuda de la percepción,
nos entregan el conjunto de objetos
que estructuran nuestro afuera
-el jardín en que los ojos
se hacen flores,
se hacen frutos-
siempre y cuando
los tengamos frente a nosotros
al alcance de la mirada,
a la mano,
o con la cercanía pertinente
para que los otros sentidos
no se crucen de brazos
y mantengan en cuarentena
sus empeños.

A la **representación** no le hace falta
la presencia del objeto
-que puede abandonarnos

si lo sabe seducir la lejanía-
debido a que lo recordamos
con todas las cualidades y defectos
que hacen su identidad,
su vivir en este mundo
despellejándose las máscaras.

Si te digo, oh lector,
“háblame de la catedral de Puebla
y de sus góticas pretensiones
de acercarnos el cielo
con su aleteante cúpula”,
podrás llevarlo a cabo sin titubear
porque,
a través de las sensaciones y la percepción,
alguna vez tuviste su imagen ante tus ojos,
tu oído,
tu olfato

y porque, guardándola en la memoria,
aunque no la tengas frente a ti,
te la representas,
la revives a mitad de la frente,
la coloca tu imaginación
entre el atrio y el ábside
de tu conciencia.

Toda representación se funda en el recuerdo
y se vincula con lo ***preconsciente***
que tiene derecho de picaporte
para acceder a la conciencia
sin problemas o inhibiciones
que le impidan el paso,
a diferencia de lo que ocurre
con el inconsciente
que está recluido
en los sótanos irrespirables del ánimo

-donde crepitan las pulsiones-
y que a menudo su carcelera,
la represión,
le impide salir a la intemperie
y arrojarse a la catarsis del oxígeno.

La *representación*

-dice , al dar con el micrófono,
la erudición pequeña pero sólida
de mi pluma-
es la facultad de la psique
de separarse del objeto,
darle la espalda,
permitir que se esfume entre las fauces
de voraz lejanía,
y no obstante revivir su imagen
en los dulces linderos de la exactitud
y todo ello sin dejar de tener

los pies en la tierra,
ni asentarlos en el aire de los prejuicios
o haciendo una odisea
de pasos en falso.

Al fin, *Lucrecio*, arribo
al punto que busqué:
estar en vísperas
de acceder al globo aerostático
de la abstracción,
codearme con las nubes,
arrojar el lastre de la nostalgia terrestre
y ver todas las cosas desde el barandal
de otro punto de vista.

B. El orden lógico

El orden sensorial es el zócalo,
la obra negra,

la infraestructura
del orden lógico.

Al pasar del primero al segundo
la palabra **abstracción** se roba la escena,
adquiere un prestigio único,
es el ágora de los intelectuales
y nos pone a practicar el juego
del ***cogitatum qua cogitatum***³⁴
con otras reglas.

La abstracción no es, como la representación,
retrotraer el objeto ausente
a la conciencia
en el tren rápido de la memoria.

Es verdad que la representación implica,
como la abstracción,
un desligamiento o ruptura
en que el vínculo sensible inmediato
es sustituido por las virtudes de la memoria

³⁴ Pensar en tanto pensar, expresión cartesiana.

capaces de reponer los objetos,
las personas,
las situaciones
que la presencia secuestrada escamotea
o eludir las dificultades de un **significante**
que, sólo con la caña de pescar del recuerdo,
pesca el **significado**
en las a veces turbias aguas de lo ido.

Cuando hablamos del árbol “en general”
podemos tener o no un roble, una encina
o un ahuehuate que se desmorona de viejo
frente a nosotros; pero lo decisivo
es que nos separamos
de esos entes botánicos nobles y sentimentales
y esculpimos una idea que sintetiza lo general
y nos dice que el “árbol” como concepto
abarca a todos y cada uno de los individuos

de una clase.

La intelección de las nociones,
el ¿qué diablos es una idea
que abarca a todas las especies
de un género?

hizo trabajar a todo vapor las neuronas
de la revolución cerebral de los pensadores,
obligó a que salieran a la caza y a la pesca
de su significado,

y no deja de causar perplejidad
-ese asombro con injertos de duda-

la posición que enarbolaron Platón,

el maestro de *Alejandro Magno*,

y los llamados ***realistas***

de la Edad Media.

Un concepto no es otra cosa

que la idea síntesis

que surge de la enumeración
o el enlistado de un ser descubierto
en la realidad.

Parece muy simple,
sin el desfiladero de los peligros,
como deslizarse por el piso resbaloso
de la obviedad. Pero no.

Si personas de otros días
dieron de repente
-sin saber qué era-
con un *canguro* detrás de un árbol
-bípedo con el que natura
fue pródiga en todo
 menos en las manos-;
días después con uno más
debajo de la ventana
-como se intentase oír y entender

una conversación-;
más tarde con un nuevo ejemplar
cuando dos novios se columpiaban
en el parque
y veían y no veían a lo lejos
los brincos de caprichosos
nubarrones de tierra;
y luego por último un otro
-dando su canguridad a su progenie,
su llorosa miniatura-,
se puede decir, si no se es filósofo:
“Hemos visto a cuatro animales
a los que llamaremos *canguros*
y que tienen un acervo de características
que los hacen no sólo parecidos
sino idénticos,
en esa identidad relativa
que es un género”.

Pero si se es filósofo,
uno no se detendrá en el enlistado,
sino, haciendo una generalización, puede decir:
“a las bestias que he mirado
y aludí con anterioridad
he de llamar *canguro*”.

El “canguro” es, pues, un concepto
que se refiere a todos y cada uno
de los canguros posibles.

Problema que surge de lo anterior
es, no obstante, el que sigue:

¿la *canguridad* es un simple reflejo
de lo que existe y su inexorable finitud
o, brincando en los linderos de la mente,
es una idea que prefigura lo real
y hace con Cronos el mejor

pacto posible?

9.1 Anaxágoras versus Empédocles

Entre los griegos

hay quien ve el devenir de las cosas

-la ***res gestae***,

el cosmos en movimiento,

el ser que vive en sus entrañas

la caldera de la animación-,

pastoreado por un dispositivo

semi-trascendente,

ajeno a una materia que se juzga

pasiva y privada de energía.

Empédocles el siciliano

es el primer **pluralista** de la filosofía griega,
ya que piensa que no son ni el *agua* ni el *fuego*³⁵
las sustancias de donde se deriva lo demás,
sino que son los *cuatro elementos primordiales*³⁶
los que juegan ese papel.
Hace de la *derivación* de lo primario a todo,
al cosmos en conjunto,
al cuerno de los cuernos de la abundancia,
si no el pan comido para la gula de la comodidad,
sí una clara disminución de las dificultades,
de los trabajos de *Hércules*
de la **poesis** filosófica.

Para facilitar las cosas
supuso que, además de la citada *derivación*,
el devenir de lo existente
desde el tránsito del caos al cosmos
hasta los avatares del universo,

³⁵ Como Tales y Heráclito.

³⁶ Agua, tierra, fuego y aire.

se encontraban regidos
 por el *Amor* y el *Odio*,
 el Amor y sus cigüeñas albañiles
 y el Odio y su guadaña, coleccionista
 de últimos suspiros.

*Anaxágoras de Clazomene*³⁷, también *pluralista*,

no estuvo de acuerdo con el siciliano:

consideraba que las “raíces” o elementos

de los que hablase su predecesor

eran en realidad mezclas de ***semillas***³⁸

o sea de corpúsculos cualitativamente diversos

que constituyen el basamento de lo existente.

Aunque creyó como *Empédocles*

que la realidad -en su caso de partículas invisibles-

requería de una causa extra-mundana para moverse,

pensó que

³⁷ Ubicada en Asia Menor.

³⁸ Que, recordemos, Aristóteles llamó homeomerías.

ésta no era la díada **Amor/Discordia**
sino el **Nous**, es decir, la mente o la inteligencia.

No me cabe la menor duda, oh *Lucrecio*,
que *Anaxágoras*,
en una insólita operación quirúrgica,
extrajo de los hombres la *inteligencia*,
le dio respiración artificial,
y la volvió demiurgo de lo existente.
¡Ay maestro, mira cómo, en sus afanes de cielo,
las alas de cera de los idealistas
acaban por convertirse en cirios
de su propio fracaso!

9.2 los impulsores de la realidad según Empédocles y Anaxágoras.

Repárese en que los filósofos helenos

-el siciliano y el ateniense³⁹-
escogen como causa externa
del fluir de la totalidad
el ***Amor y la Discordia*** el uno
y el ***Nous*** (o la inteligencia) el otro.

Natura, según ellos,
necesita un empujón.

Algo que le dé cuerda
e impida el vuelco de las cosas
en perpetuas esculturas al reposo.

Los dos interpretan ***antropomórficamente***
tales principios impulsores.

No son algo inventado,
ni movido por el papalote delirante
de la imaginación desatada,
no ascendieron hasta el ***Topos Uranos***
a preguntar el nombre

³⁹ Anxágoras, nacido en Clazomene, Asia menor, fue adoptado por las Atenas de Pericles y coincidió plenamente con la democracia esclavista del “siglo de oro” de esta época.

de nociones desconocidas;
son más bien conceptos extirpados
de la realidad psíquica
del individuo
y a los que se dota de unas alas artificiales
para fungir como agentes de tráfico
de todo lo que ocurre.

Empédocles creyó ver
en ***el Amor y el Odio*** des-carnados,
energías autónomas
que aletean en el “cielo bajo” de la abstracción
y legislan los elementos o ***raíces***
que hacen la totalidad
y que no son sino el ***agua***,
soporte del mundo
según el primer filósofo milesio,
el ***aire***, al que se refiriese *Anaxímenes*,

el **fuego** que destacó *Heráclito*
y la **tierra** que exaltara *Jenófanes*⁴⁰.

Se debe tener en cuenta,
al llegar a este punto,
que, como lo han sostenido los psicólogos,
el alma, en una elemental división
-cartografía del universo mundo que cargamos
en los hombros-
tiene las siguientes secciones:
los **sentimientos**, la **razón**
y la **voluntad**.

Empédocles, volviendo la mirada a la primera,
puso de relieve el **Amor y el odio**.

Anaxágoras, interesado más por la segunda,
dijo que el **Nous** o la inteligencia era el principio
que ordenaba el movimiento de las cosas.

⁴⁰ Y, desde luego, el pensamiento oriental.

En ambos casos advertimos cómo los pensadores
extraen y elevan a una cierta abstracción
lo existente en los humanos,
lo desligan de su portador natural
y le esculpen las alas requeridas
para sobrevolar al tropel de objetos
y poder prescribir el curso y hasta el **fin**
de los principios sustanciales
-como los **cuatro elementos** y las **simientes**
que sin esos impulsores de la realidad
serían pasivos y exangües.

Es interesante traer a cuento,
aunque demos un salto de siglos,
que *Arturo Schopenhauer*⁴¹,
echó mano del tercero
de los componentes psicológicos: la **voluntad**.

El filósofo retoma de *Kant*

⁴¹ En su obra *El mundo como representación y voluntad*.

el punto de vista de que la representación no arroja más conocimiento que el fenoménico -la extraña prestidigitación que la **episteme** genera en la naturaleza o sea la apariencia, el “ser para nosotros”. La **cosa en sí** natural para él no existe o, mejor, en su metafísica es reemplazada por la **voluntad**, que es el verdadero **noúmeno** de su concepción. Pero no sólo o no tanto por la **voluntad** que distingue a la persona, sino una voluntad independiente, que actúa como fuerza cósmica. Con ello se cumple la triple *antropomorfización* de los tres compartimientos del alma. Schopenhauer se coloca en el nivel más **idealista** de todos porque el mundo **nouménico** a impulsar en él se esfuma y no queda flotando sino la insólita idea

de un arbitrio sin sujeto.

9.3 Aporías de Zenón

Para algunos sabios pre-socráticos
el mundo de la abstracción
alejóse tanto del empírico
-como un globo que se eleva arrojando el lastre
de lo verosímil-
que, en la *escuela eleática*,
donde *Parménides* era el timonel⁴²
en un mar embravecido de conceptos,
Zenón, también de *Elea*,
dijo haber demostrado que a *Aquiles*,
situado detrás de una tortuga,
no le era dable alcanzarla,

⁴² Aunque el fundador de la escuela fue Jonófanés de Colofón.

a pesar de que corría más velozmente
que un viento enfurecido,
muerto de hambre,
que se alimenta con tarascadas de espacio.

Decía: cuando *Aquiles* recorra 500 metros,
la tortuga sólo recorrerá 100;
cuando *Aquiles* alcance otros 250,
la tortuga avanzará 50;
cuando *Aquiles* complete otros 125,
la tortuga andará 25;
cuando *Aquiles* cumpla 62.5,
la tortuga cumplirá 12.5,
y así *ad infinitum*

porque los números se pueden dividir
ilimitadamente.

En consecuencia, desde el punto de vista racional,
según *Zenón*,

Aquiles no podrá dar alcance a la tortuga
nuncamente.

La perplejidad -ese cayado
que pierde la cabeza
al dar de pies a boca con una encrucijada
donde se oculta el más inquietante
signo de interrogación-
hincó las raíces de la *aporía*⁴³ anterior
en la parte más oscura de la materia gris
de los oyentes y lectores de *Zenón*,
que ignoraban, ay, cómo salir
del laberinto fabricado
por este nuevo *Dédalo*⁴⁴,
oriundo de una tierra feraz del sur de Italia
propicia para el trigo, los limones,
los viñedos y la especulación.

⁴³ *Aporía* es la dificultad lógica aparentemente insuperable (en Zenón) y perplejidad ante dos argumentos opuestos (en Kant).

⁴⁴ Padre de Ícaro y constructor del laberinto.

Un pensador que no tenía los pies en las nubes
y para quien la *práctica* fue su brújula de cabecera,
Diógenes el cínico,
al conocer el sofisma de *Aquiles* y la tortuga,
pidió a sus cofrades un bastón,
se puso andar y dijo resueltamente:
“el movimiento se demuestra andando” ..,
verdad simple, sin complicaciones,
sin vanidades,
que produjo en los idealistas
la estorbosa perjuicio de la incomodidad
o, por lo menos. una gota de acíbar en la lengua
que alista la brigada de vocablos
para entrar, argumentos al hombro,
nuevamente al debate.

Otra de las aporías que nos ofrece *Zenón*

es la de la *flecha voladora*

que, como si viviese en el culmen

de la indecisión,

parece volar... pero no.

La “razón” es que la flecha

está en un lugar del cielo

en que encaja a la perfección

y que no podrá abandonarlo

ya que, para moverse,

tendría que recorrer un infinito de puntos,

lo cual es imposible.

Por tanto la flecha ha de encontrarse inmóvil.

Se diría que nuestro eleata

arrojó con su arco especulativo

una flecha envenenada hacia los aires,

que, tras de enfermar el espacio,

mató el movimiento.

Quiero leerte, oh lector,
una estrofa de *El cementerio marino*
del gran *Paul Valery*,
para que notes la influencia que tuvo *Zenón*
en los poetas.

Helo aquí:

*“¡Zenón, cruel Zenón, Zenón de Elea!
¡Me has traspasado con la flecha alada
que vibra y vuela, pero nunca vuela!
El sol me engendró y la flecha me mata.
¡Oh sol! ¡Qué sombra de tortuga para
el Aquiles del alma, raudo y quieto!”⁴⁵*

Lucrecio me dice:

estos versos son un ejemplo
de cómo los portavoces, los grandes,
los que cantan codo con codo con los astros,
saben convertir en *verdades poéticas*

⁴⁵ Traducción de Alfonso Gutiérrez Hermosillo.

los *sofismas* ingeniosos que construye
la especulación.

10. Algo sobre Platón y el mundo de las ideas

La discrepancia entre lo ideal y las cosas
fue un tema que quitó el sueño a *Platón*
durante muchos años.

Al salir de ese fecundo insomnio
se hallaba convencido
de que únicamente se podía entender
el reino de los objetos sensibles
-las cosas de las cuales
la conciencia tiene noticia
por la mensajería de los sentidos-
a la luz del pensamiento de *Heráclito*,

y de que sólo era posible
comprender el mundo del *eidos*
guiado por la filosofía
de *Parménides*.

Con el arma de esta acerada evidencia
pudo acceder,
en el nivel de lo sensible,
a las siguientes conclusiones:
habló de la apoteosis de lo efímero,
dijo que nada ni nadie
es hábil para fumigar el tiempo
que convive con y emponzoña a lo fáctico;
sentenció que no hay orugas eternas
y que el cangrejo es inmortal
si, y sólo si, ociosos, pensamos en él.
Afirmó que hasta el mármol
-y con él las estatuas que pretenden

amordazar a *Cronos*-

acaba por tener un pulso en ***diminuendo***

y paros en la respiración.

En lo que al cuerpo se refiere,

señaló que el reloj hace que en la sangre

haya glóbulos polvorientos,

y, con voz cavernosa y lúgubre,

que las larvas, que se sustentan

de nuestros restos mortales,

también tendrán las horas contadas

y después otros gusanos

han de ser su pasto de ellas

y así *ad infinitum*,

garantizando que lo fugaz

se salga con las tuyas.

En el nivel ***eidético***

hizo notar que, en el otoño,

no se le caen las hojas
a la noción de “árbol”.
Sostuvo que el *eidos* es *simple*,
que no tiene partes
-la idea de “la naranja” carece de gajos-
y que sólo lo susceptible de división
cabe en una caja mortuoria.

El discípulo de *Sócrates*
y maestro del estagirita,
no dudaba que a *Cronos*
le es imposible doblar el brazo
a las ideas,
pero que goza de amores
nada platónicos
con las vicisitudes o con el *panta rei*⁴⁶
del mundo heracliteano.

⁴⁶ Todo cambia.

10.1 El alma para Platón

El alma también es simple,
carece de volumen y de partes,
es un desatino decir:
me embarga la emoción
en la vivencia que se ubica
en el noreste de la psique;
ni declarar: tengo un presentimiento
en este promontorio del yo,
ni tampoco el alma puede tener
un derrame cerebral.

Ella está de paso en el soma,
como un huésped al que no contamina
lo perecedero de su morada.

Tiene el atributo de la invisibilidad,
de pasar inadvertido a la jauría

de los sentidos
y su verdadera casa
es el ***Topos Uranos***⁴⁷
donde convive con los conceptos,
las ideas de la belleza,
de la justicia
de la santidad y de las almas
de los seres humanos
que no tienen entonces en su haber
ni la pequeña lágrima ni el suspiro
que solamente surgen
con la encarnación.

Alguien en este ***topos uranos***
liberó de su risco a Prometeo
y puso en su lugar
al Devenir encadenado.

⁴⁷ un “cierto lugar del cielo”.

10.2 El orfismo

A más del politeísmo
que fue la religión oficial
de los helenos
-y en que no había nube,
grande o pequeña,
que no fuese propiedad privada
de algún dios-
existía una agrupación de carácter esotérico
de la que formaban parte
varias de las grandes figuras griegas
como *Pitágoras, Sócrates, Platón*
y muchos otros.
Me refiero al **orfismo**.
Orfeo, héroe de origen tracio,

hijo de *Apolo musageta* y de *Calíope*,
y en cuyo honor se hacían,
en los cautos escondrijos de la clandestinidad,
prácticas místicas con un dedo de hierro
sobre el labio.

En esta catacumba pagana
-cuyos principios fueron importados
del Medio oriente-
se compartían dos tesis relevantes:
la inmortalidad del alma y la ***metempsicosis***⁴⁸
que coinciden con la idea
de la ***samsara*** del hinduismo
y con el ***renacimiento*** de los partidarios de Buda.
Para los filósofos que pertenecían
al culto órfico,
los dioses del pueblo
eran vulgares supersticiones antropomórficas,

⁴⁸ La reencarnación o la transmigración de las almas.

que existían únicamente de dientes afuera
-hablaban de ellos, los invocaban,
para no entrar en conflictos, como *Sócrates*,
con las autoridades-,
pero de dientes adentro,
en el santuario de intimidad
los tenían como ficciones piadosas
en el mejor de los casos,
o francas estulticias o estupideces
que desordenaban las entrañas de la inteligencia.
La razón veía a la fe
como un incunable de *Gutenberg*
miraba a un papiro lloroso de tinta
o la luz eléctrica a una lámpara votiva.

11 El estagirita

Aristóteles,
que “era más amigo de la verdad que de Platón”
y que logró hacerse de la envidiable aptitud
de nunca confundir
un espejismo con un oasis
en cualquier desierto
que le saliera al paso,
dijo a su maestro que qué necesidad había
de duplicar el mundo,
al hablar de las *cosas* y las *ideas*
como dos mundos separados,
contrapuestos,
en enemistad a muerte,
sin el buen oficio de un pasaporte
o, por lo menos,

de una indispensable y amistosa escala.

Que qué necesidad.

Además de tomar en cuenta

el saber de los sentidos, en que el *aquí*

no es sino un generoso dedo índice

que apunta hacia el espacio,

y el *ahora* un presente

que el tiempo nos regala,

es indispensable mencionar las nociones y categorías,

géneros que reflejan los vínculos

y propiedades generales de las cosas,

candiles que privan a la oscuridad

de dientes y de uñas

y hacen que la ignorancia se queme las pestañas

sobre su primer silabario.

Para Aristóteles las ideas

(conceptos y categorías)

son tan sólo *generalizaciones* a partir

de las cosas

que existen en buenos términos

con su singularidad.

Indican el vigor de la mente,

la musculatura de la lógica

y una preeminencia del ser

sobre el pensar

como la que existe entre las raíces

que escarban la tierra

buscando la energía indispensable

para la flor que emite, trascendiéndose,

perfume inmaterial.

Desde joven Aristóteles,

cuando pertenecía a la Academia platónica

y escribía *Dialógos* como su maestro,

dejaba a toda precocidad

en asombro que buscaba respuesta

en signos de interrogación tímidos y ojerosos.
 En una especie de arbusto,
 casi un bonsái navideño,
 encarcelado a su minucia,
 y en cuya sombra sólo podrían refugiarse
 palabras menores,
 pretendió colgar todo el saber del mundo
 obtenido hasta el momento.
 Desde joven.

Sólo más tarde,
 cuando sembró el arbusto del tiesto
 en el campo propicio del Liceo,
 y cuando gradualmente la arbórea criatura
 tuvo un subrepticio injerto
 de no sé qué dioses amantes de la sabiduría,
 el árbol creció al tamaño
 en que la historia lo tuvo que tomar en cuenta.

El caso del estagirita es especial:
 no quiso dejar ninguna ciencia, o saber,
 o suposición a la intemperie,
 al alcance de las aves de rapiña,
 fuera del corpus integral de su filosofía.
 Lo mismo las obras pequeñas o secundarias⁴⁹
 que las obras sustanciales e imprescindibles⁵⁰

⁴⁹ la *Poética*, la *Retórica*, la *Política* y el *Pequeño libro de las Categorías*.

⁵⁰ como la *Física*, la *Metafísica*, las *Éticas* (a Nicómaco y a Eudemio) y desde luego el *Organon*, entre otras.

-en una palabra la cosmología
y la antropología en conjunto-
fueron abrazadas,
sometidas al cuidado del jardinero más floreciente
que registra la historia.

Puestas en relación unas con otras
hasta formar el frondoso árbol
en que las ciencias particulares
constituyeron un todo.

Sólo con el tiempo,
y al vendaval irrefrenable de la historia,
algunas de las ramas crujieron,
adoloridas, soltando los *ayes* irremisibles
de la lucha por su independencia
y al fin se separaron
para amueblar con precisión su autonomía).

11. 1 El árbol de Porfirio

Un seguidor de Plotino⁵¹,
Porfirio⁵²,
en busca de un modelo pedagógico
para clasificar las definiciones
y preocupado por hacer la síntesis
de la Lógica aristotélica
y el neoplatonismo,
ideó un árbol *taxonómico*,
que era más bien una percha para colgar conceptos,
e injertó un método de clasificación binario
en ese árbol virtual
cuyo tronco, invisible,
sintió repujado su ramaje con flores cogitativas
esplendentes.
Si quisiéramos, oh Lucrecio, definir
el árbol de Porfirio

⁵¹ El gran neoplatónico autor de *Las Eneadas*.

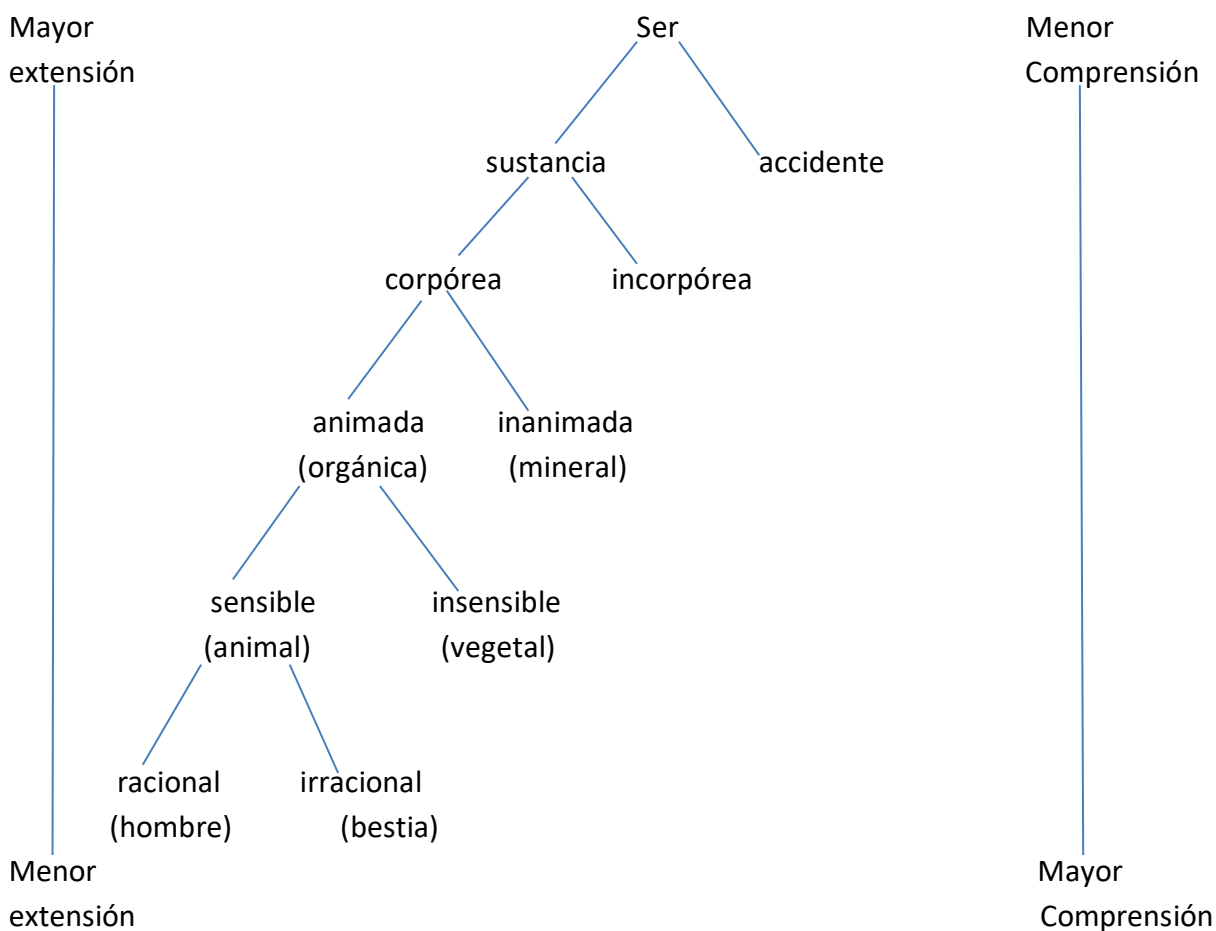
⁵² Nació en Tiro en 233 D.C. Fue alumno y seguidor de Plotino. Editó *Las Eneadas*. Fue autor de la *Isagoge o tratado de las cinco voces* o sea las cinco maneras en que el predicado de una proposición puede ser enunciado: género, especie, diferencia específica, propio y y accidente. Murió en 305.

habría que indicar que se trataba,
como dije,
de un árbol floreciente de definiciones.

Es bien sabido que el lector
en marcha por el desierto
de un texto filosófico abstruso
-donde irrumpe el simún encabritado
de las abstracciones-
tiene sed de ejemplos,
y sueña con el oasis,
las palmeras, el agua límpida
de la comprensión
para descansar después
en el lecho aéreo de la hamaca,
vaivénen que el insomnio se hipnotiza.

He aquí uno de los esquemas

que suelen presentarse del **árbol de Porfirio**:



Y enseguida⁵³ ya nos es dable decir que,
para la lógica,

definir es buscar el género próximo

de una noción

⁵³ Pongo ahora dos ejemplos más de lo que suele entenderse por definición: *Si el artista es un ser humano (género) que se dedica al ejercicio de las bellas artes (diferencia específica), el poeta es un artista -con todo lo que esto supone- (género) especializado en la creación poética (diferencia específica).*

y señalar la diferencia específica.

Es la carta de identidad

de algo o de alguien que se presumía

foráneo,

enfermo de lontananza.

¿Cómo se conceptúa el género?

Indicando la clase más general a la que pertenece

el objeto a definir.

Aquél, como es obvio, tiene más extensión

que la diferencia específica.

La mente posee la aptitud

de aletear con denuedo,

y encaramarse,

por un minuto, en el cenit

desde el que una *visión de águila* le permite

ver de golpe y acotar

un conjunto de seres de la misma clase.

Después se ciñe el paracaídas,

se hace uno con el espacio y, al descender,

al tiempo que trae consigo

su creciente amnesia de la altura,

pisa tierra y corre a deslindar los distintos conjuntos

de lo que se encuentra en los límites

del común denominador.

El género brinda paternidad a las especies

y por más que ellas pueden en ocasiones

agruparse en la dicotomía sangrienta

de los enemigos a muerte,

podemos decir que la definición encarna

lo esencial del concepto.

Estoy seguro del acierto de Aristóteles

cuando distinguía las *sustancias primeras*

-los entes particulares que sirven de tálamos

para el matrimonio de la materia y la forma-
y las **sustancias segundas** que abarcan
los géneros y las especies.

El discípulo de Platón fue un **realista**
en sentido gnoseológico⁵⁴.

Nunca puso en duda la realidad
ni, tras de extraer sus raíces,
la condujo al precipicio
y la arrojó a la nada...

Sabía, sí, de la diferencia
entre el **fenómeno**, engalanado
con los ropajes de lo **aparente**,
y lo que yace en el fondo,
en el mundo subterráneo de la **esencia**.

Pero jamás dijo, como su maestro
-quien cruzara el Rubicón
de la sensatez y la **fronesis**⁵⁵-:

⁵⁴ O sea desde el punto de vista de la teoría del conocimiento.

⁵⁵ La prudencia.

*“Alea jacta est”*⁵⁶

indicando con tal grito

que entraba a la guerra civil de las ideas,

el idealismo en ristre,

con la convicción

de que se había deshecho de golpe y porrazo,

del mundo extra-mental

o, dicho simplemente, del ***afuera***.

Jamás lo dijo.

La esencia no es el producto teleológico

de un precepto del allende,

no es el “orden y mando” del destino,

sino que surge de un proceso natural

en que la psique es el fruto

de la materia altamente organizada.

Es la finalidad

con que el ser humano confecciona un útil

⁵⁶ La suerte está echada.

como una silla, un columpio, una mansión.

Las viviendas están construidas

para que los humanos, habitándolas,

les arranquen los testículos al huracán.

Una definición no da saltos ni retrocesos.

En vez de decir: el hombre *es un animal racional*

o, de forma más correcta, *un animal práctico*

-que teoriza la práctica y practica la teoría-,

no nos es dable, dando un salto,

escribir:

el hombre *es un animal alfarero*

que literalmente imprime

sus huellas digitales en el barro,

ya que, aparte de ejercer tal oficio,

desarrolla muchos más.

Pero tampoco podemos aducir, retrocediendo:

el hombre *es un animal que respira*,
ya que un sinnúmero de animales
no puede conservar la existencia
sin olfatear la atmósfera.

Ciertamente las dos proposiciones
-animal alfarero y animal que respira-
son veraces, con la transparencia
de un chorro de agua recién nacido.

Pero no deben confundirse nunca
la verdad y la definición.

Toda definición es verdadera,
pero no toda verdad es definatoria.

También hay que añadir
que en el ***árbol de Porfirio***,
donde se desciende de lo universal a lo particular,
se va, como dije, de la mayor extensión

y menor comprensión
a la menor extensión y mayor comprensión.
Esta es una de las razones
por las que, en la Edad Media,
se invocó el **árbol de Porfirio**
cuando estalló la polémica *de los universales*
a la que, si lo permite la encanecida
edad de mi pluma, nos acercaremos
posteriormente.

Para el neoplatónico y plotiniano Porfirio
la sustancia con mayor extensión y menor comprensión
no puede ser sino la Divinidad
-de donde **emanan** ⁵⁷el mundo y sus criaturas.
Para una concepción no religiosa
ese “concepto cumbre”
-o estrella capturada por el pico del árbol,

⁵⁷ Plotino es el primero en plantear la creación del mundo y sus criaturas no como una *creatio ex nihilo* sino como una **emanación** de la propia divinidad.

si ha llegado la navidad-

es el **ser**,

el cual, ojo con ello, no se puede definir.

¿Por qué?

Porque carece de un género (próximo superior)

al cual subordinarse.

12. La pugna sobre los universales

En el Medioevo,

en lo que se ha dado en llamar

la pugna de ***los universales***,

que inicia Roscelino de Compiègne,

las ideas o nociones fueron adecuadamente

rebautizadas

porque los universales no son

sino moradas de lo general,

avispero de significados
que, en sacudiéndole,
hace que los mismos
piquen la curiosidad cognoscitiva;
pero ante esta aclaración,
almas provenientes de contrarias madrigueras,
temperamentos que surgen
de regazos familiares diferentes
y labios con antiguas e imborrables trazas
de leche materna,
se lanzaron a la lucha,
dividieron nuevamente a los espíritus.

Cuánta razón le asistía a Juan Teófilo Fichte
cuando asentaba que:

“el tipo de filosofía que se escoge,
depende del tipo de hombre que se es”.

Cuánta razón.

Unos, partidarios del autor de *La República*
y de sus alumnos Espeusipo y Jenócrates,
levantaron la bandera
de los ***universalia ante rem***
(los universales anteriores a las cosas)
y otros, discípulos de Aristóteles,
izaron el estandarte
de los ***universalia post rem***
(los universales después de las cosas)
y durante siglos,
más o menos del IX al XIV,
entablaron una guerra que,
aunque no llegó a ser caliente,
sí pasó por diversos estados de ánimo de lo tibio,
hasta asentarse en una declarada
guerra fría.

Los seguidores de la tesis

de que los ***universales son después de las cosas***,
decían de aquéllos que eran sólo ***nomen*** ⁵⁸.

de ahí el apelativo de ***nominalistas***

con el que se les conoce

-tal el caso del gran Guillermo de Occam-,

en tanto que los otros,

al insistir en que los ***universales***

son anteriores a las cosas,

se auto-designaban ***realistas***,

no porque les confiriesen

una realidad fuera del pensamiento,

en el mapamundi de lo exterior,

sino porque asentaban que los universales

eran lo plenamente verdadero.

Para los ***realistas***, los universales

tienen la consistencia de una montaña

y la montaña, que eleva al cielo mismo su realidad,

⁵⁸ nombres.

la inconsistencia de lo meramente discursivo.

Para los *nominalistas* son una palabra,

un ***flatus vocis*** que no posee más realidad

que el aliento del hablante.

Este ***nomen***,

esta locución que no se cansa de saborear

su propia melodía,

este amasijo de letras que,

de la mano,

invaden poco a poco

la blancura de la hoja,

o llenan de floripondios locuaces la intemperie,

se ufana en ofrecer

jeroglíficos amaestrados

como material de lectura

y es el amoroso silbo del ***significante***

para congregar la muchedumbre

de entes sólidos, líquidos, gaseosos

y un etcétera en que cabe el infinito,
del *significado*.

13. La razón y las evidencias

La *gnosis*, con su morral de evidencias,
sus axiomas, intuiciones,
su neuralgia en el afán cognoscitivo
y la *claridad y distinción*
que penetra la *episteme* hasta los huesos,
hace perder la muela del juicio
a las mordidas, o mejor tarascadas,
que dan a las “verdades indubitables” los escépticos,
desde Pirrón y la Academia nueva
hasta Montaigne.

Mas un silogismo en su punto,

con su pequeño engranaje
que halla en la perfección
su esperado acomodo
-digamos un *ferio* o un *camestres*
en óptimo cometido de funciones-,
le abre los brazos al convencimiento y la aquiescencia.
Y cada argumentación afortunada
es recibida con aplausos
de la materia gris.

El silogismo es como un pequeño cofre
que, al guardar apreciadas reliquias del pensar,
logra poner fin a los malos entendidos
entre el corazón y el cerebro.

Si nuestros mayores son los responsables
de que, cuando niños, la víbora de la credulidad
muerda nuestra carne inocente
e introduzca en ella un veneno
que recorre las venas,

asedia al corazón
e inmoviliza al cerebro,
el antídoto, pluma mía, es la lógica,
en la dosis suficiente
para que la ponzoña que viaja por el organismo
cambie de piel
y acabe por volverse
el vómito serpentífero
que purifica al cuerpo.

14. Algunos elementos de la genealogía de la dialéctica.

Aportes de Epicuro

El principio dialéctico
del ***trueque de la cantidad en calidad***
tiene su historia,

su curriculum,
sus añejos y remotos vislumbres.
Uno de ellos está en los atomistas
grecolatinos.

Leucipo de Mileto y su seguidor
Demócrito de Abdera,
al hablar de los átomos y creer hallar en ellos
el común denominador material
de cuanto existe,
pensaban,
en su tesis sobre los corpúsculos indivisibles,
que éstos movíanse en el **espacio vacío**
y que sus diferencias eran sólo cuantitativas
-forma, volumen y, sobre todo, peso-.

En ese mundo atómico la **cualidad**
brillaba por su ausencia.

Las gozosas distinciones cualitativas

no estaban en su haber.

El átomo no tenía una sola cualidad
en que caerse muerto.

Era como un diminuto cosmos
huérfano de vícidos colores
que portaba como triste estandarte
un gris monótono en desahucio.

La cualidad surgía cuando, atraídos
por su forma y por su peso,
generaban una mezcla.

En las partículas indivisibles era dueño y señor
lo cuantitativo,
pero en la mezcla de ellas,
aunque de forma mecánica,
emergía la nueva cualidad.

Más tarde, también en Grecia,

Anaxágoras, nacido en Clazomene⁵⁹,
 pero que se había asentado en Atenas
 en tiempos de Pericles⁶⁰,
 sustenta otra tesis sobre los corpúsculos invisibles.

Eran cuerpecillos

-a los que Aristóteles dio el nombre
 de *homeomerías*⁶¹-

que se distinguen unos de otros
 por traer consigo una **cualidad**
 que los sitúa en un lugar muy suyo
 del rompecabezas de objetos existente.

A estas *semillas* las forma
 el material de las cosas visibles
 que aparecen en la vida cotidiana:
 las hay de hierro, de cristal, de vino,
 de mármol o de carne.

⁵⁹ Asia menor.

⁶⁰ Desde el punto de vista geográfico, la filosofía griega se divide en tres períodos: la jónica a la que pertenecen los miletanos y Heráclito), la filosofía griega desarrollada en la Magna Grecia (sur de Italia) y Sicilia y la ateniense que se inicia con la presencia de Anaxágoras en tal lugar.

⁶¹ lo cual significa: tendentes a la *homogeneidad*.

La génesis de un ente,
con los dolores de parto que amerita,
era el producto del ayuntamiento
de varias semillas invisibles
hasta hacerlo visible.

Por desgracia
nadie realizó la síntesis
de Demócrito y Anaxágoras.
Ningún filósofo hizo un transplante
de la *cantidad* de los átomos
a las **homeomerías**
o de la *cualidad* de las **homeomerías**
a los átomos.
Si ello hubiera sucedido
otro gallo nos cantara:
se habría descubierto *in nuce*

una de las leyes fundamentales
de la dialéctica⁶².

E, incluso, que no sólo hay brincos
de garrocha en las Olimpiadas
-que amenazan la privacidad del cielo-
sino **saltos** en la naturaleza,
en contra del principio tradicional
de que “*nihil per saltus facit Natura*”⁶³.

Para Demócrito, los átomos,
de acuerdo con su peso⁶⁴,
se precipitaban a ponerse
en la tierra,
en el agua,
en el vapor y sus cometas de aire,
en el mundo sublunar,

⁶² El trueque de la cantidad en calidad.

⁶³ La naturaleza nada hace a saltos.

⁶⁴ Algo semejante al proceso de “condensación y rarificación”(del aire) de Anaxímenes y del “camino hacia arriba y hacia abajo” (del fuego) de Heráclito.

yendo del caos al cosmos,
a la regularidad,
a la simetría,
a la ley en su sentido
puramente mecánico.

Lo realizaban

-valga la comparación

con la fantasmagoría religiosa-

como los ángeles

que, al silbo del Pastor,

corren a colocarse en el lugar exacto

que en la jerarquía celestial

les corresponde.

Pero Epicuro de Samos, obtuvo en el *Jardín*

de su imaginación

-sin riendas y a campo abierto-

una flor conceptual inesperada:

la ***clinamen*** es decir el extravío

de la línea recta.

Con tal noción,

irrumpiendo lo irregular,

se reivindicaban los derechos

de la excepción frente a la regla,

era un moverse “por la libre”.

Un átomo, cargado de ***clinamen***,

caía verticalmente, sí, azuzado por su peso,

mas de pronto, en un punto crítico,

desviábase y daba de bruces

en el terruño de lo inesperado.

La ***clinamen*** cargaba un morral de conceptos

increíblemente rico

-entre otros, lo posible, lo probable,

lo hipotético y su feliz solución

(con un cien por ciento de eficacia)

del ***si...entonces***.

Epicuro, frente al mecanicismo democristiano,

miraba de reojo a la dialéctica⁶⁵.

14.1 Otros aspectos de Epicuro⁶⁶

Tenía razón el viejo Epicuro⁶⁷:

no existe la muerte.

No. No existe,

aunque se desviva

por meternos

su zancadilla de gusanos.

Vivimos,

cargamos nuestra cruz de oxígeno,

y no existe:

el corazón recorre

⁶⁵ Por eso Lucrecio y, tras él, muchos otros que incluían a Marx, veían a Epicuro con más simpatía que a Demócrito.

⁶⁶ Este poema aparece ya en el *Libro de los pronombres* del autor.

⁶⁷ En la Carta a Meneceo y otras.

su camándula de segundos
y en las fosas nasales aletean
solícitas mariposas de aire.

No existe, aunque pensemos, vivos, en la muerte
o nos imaginemos en la caja mortuoria
rodeados de la lástima, la culpa
y hasta de algunas lágrimas hincadas de rodillas.

Al morir tampoco existe,
pues se nos muere aquí, dentro del pecho, nuestra
muerte,
mientras desertan los estertores últimos del pulso
y hay no pocos epitafios que se muerden la cola.
Morimos por la muerte de los otros.

Nos ponemos su tránsito.

Ceñimos su cadáver a nuestros brazos y piernas
y abotonamos con sus úlceras
nuestro traje.

Enguantamos, por último, las manos
que están arrinconadas en su ademán postrero,

y que aprietan,
con el pulgar y el índice,
el último de todos sus segundos.

15. Empirismo y racionalismo

¿Cuál es la fuente principal
del conocer? -le pregunto
a **la Demonio** que me guía
por los vericuetos de las lucubraciones
y los filosofemas?
¿A dónde va a abreviar la ignorancia
para descubrir, si es posible,
cuál es “el puesto del hombre en el cosmos”⁶⁸
y ¿cuál el del “ave de Minerva” en el hombre?
Algunos juran por lo más sagrado

⁶⁸ Título de una famosa obra de Max Scheler.

que el único manantial de la cognición
es la **empiría**.

“Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu”⁶⁹

Locke apostrofaba,
en los cinco vitrales que dan a la intemperie.

Si he divisado una cigüeña,
con su plumaje blanco
de vestido de novia,
me la represento en la mente,
la transformo en imagen,
como subraya el empirismo sensualista
no sólo de Locke sino del abate Condillac
y todos los que tienen a la experiencia
como heraldo de la **episteme**.

La psiqué es, nos dicen, una **tabula rasa**
de cera, virgen

⁶⁹ *No hay nada en el intelecto que antes no hubiera estado en los sentidos”,*

-con la virginidad de lo recién nacido-
donde se van grabando los caracteres del mundo
que absorbe la avidéz del sensorio.

Pero a la conciencia le es posible
hablar de,

o hacerse una imagen de multitud de objetos
nunca vislumbrados directamente
por su capacidad sensible

(animales, como el rinoceronte

que, caricatura del unicornio,

pasea su tranquilidad amenazante

por lejanas y misteriosas selvas,

flores que aúllan sus insólitos matices

en otros continentes

y un infinito número de objetos

que habitan en el aire,

la tierra

o en el fondo misántropo del mar,

porque otra gente los han visto,
nos platican de ellos,
nos los muestran en dibujos,
estampas,
fotos).

El principio empirista, entonces,
de que: “nada está en el intelecto
que antes no haya estado
en los sentidos⁷⁰,

que sentenciaba Locke,
debe completarse diciendo:

en los sentidos “de la especie”,

porque los seres humanos
poseemos el atributo de la comunicación,
la capacidad de intercambiar experiencias
y el placer de que haya
interesantes e infinitas conversaciones

⁷⁰ “*Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*”.

entre nuestros sentidos.

Toda acción produce una reacción,

la tesis le guiña el ojo a la antítesis

y entrambas dan a luz

la unidad y lucha de contrarios.

Al **empirismo**, que tiene a la sensualidad,

la **stasis**,

como gambusina de la certeza

sin melindres, pura,

carente de titubeos,

que se precia de prohibir

las vaguedades de un **tal vez** agorero

que dará probablemente de bruces

en la tierra movediza de la simple conjetura,

se opone el **racionalismo**

que previamente a todo

intenta barrer los falsos dioses del altar

y poner en su sitio a la Razón
elevada por un haz de luces
en el *fortísimo* del deslumbramiento
y en espera de que las rodillas
les rindan pleitesía.

Leibniz, cuando supo
de la sentencia de Locke
-repetida por el empirismo
de Hume y Berkeley-
dijo: “ciertamente no hay nada en el intelecto
que antes no hubiera estado
en los sentidos,
con excepción del propio intelecto
y todo lo que implica”
Y ¿qué implicaba?
Que la conciencia no es pasiva,
sino que opera con la máquina de vapor

de su **espontaneidad**,
no se tira a la bartola a contar las nubes,
hallar el talón de Aquiles de los sofismas
y enseñarles a las inferencias
a manejar la brújula,
sino que tiene al **Organon** de Aristóteles
y al **Novum Organon** de Bacon
como el Viejo y el Nuevo Testamentos
de sus cavilaciones.

Las **verités de fait** son innegables,
se les encontraba a la vuelta de la esquina
o en la copa de un árbol,
no hay modo de expulsarlas
del orbe de lo cierto,
lo veraz. lo comprobable,
el “qué les ocurre, aquí la duda
brilla por su ausencia”.
No eran monedas falsas,

ni proverbios cabalgados por la simulación,
ni en su boca un paladar sin conciencia
había vendido
la mitad de la lengua a la mentira.

Pero nos proporciona conocimientos
si no universales y necesarios,
sí asertóricos y contingentes,
válidos únicamente para los criterios
laxos, de manga ancha.

Las ***vérités de raison***, en cambio,
que se engendran más que en la experiencia
en los oscuros telares de la mente
traen consigo afirmaciones ***apodícticas***
de aquellas que se asientan como mazazos
en la frente.

Tienen un alto poder adquisitivo
en las meditaciones que acaecen en el cubículo

del cráneo,
en los debates teóricos,
en las aulas de clase,
en los corredores
de toda Facultad de Filosofía
y en los dimes y diretes
de la vida cotidiana intelectual.

Entre los privilegios de estas verdades,
que tienen de soporte lo congénito,
no están el *teorema de Pitágoras*
ni la Ley de la proporción áurea
-las dos joyas de la geometría
según Johannes Kepler-
y que portan cierta dificultad
y un barrunto de cefalea,
ni tampoco las construcciones catedralicias
de las matemáticas,

pero sí los deleites de lo rudimentario:
los axiomas, las tautologías, los pleonasmos
y las perogrulladas.

Nunca, ni en el más severo descuido de lo imposible
el todo es menor que la parte,
la rectitud moral es la línea más corta
entre dos puntos,
las paralelas se juntan
cuando dos de sus puntos,
con una fuerte carga de libido,
deciden amancebarse⁷¹,
ni persona alguna, por cuadrada que sea,
puede hallar en el círculo más estrecho
de sus amistades,
su añorada cuadratura.

Y cómo olvidar el **juicio analítico**,
rey y señor de la obviedad,
que despliega en el atributo

⁷¹⁷¹ Todavía no soñaban con nacer Riemann y Lovachevsky

lo que duerme en el sujeto
como la afirmación, cara a lo evidente,
de “el lodo es tierra mojada”
o “el triángulo tiene tres ángulos”
que sólo es el mudarse del sujeto
de un cuarto a otro.

El empirismo y el racionalismo
se instalan cómodamente
en un *sí* y en un *no*.

Pero la unidad y lucha de contrarios,
o el hallarse a la greña
dos supuestas certidumbres,
demanda una síntesis,
una *aufhebung*⁷²,
una negación de la negación
que tenga una mejor “mano”
que la de los opositores

⁷² una superación o un “levantamiento”.

en el juego.

16. El punto de vista de John Locke

Cabe a la *puerta* la gloria
reconocida por tirios y troyanos
de haber hecho el deslinde
entre el ***adentro*** y el ***afuera***.

Claro que si uno se halla en el hogar
-independientemente de que sea una choza,
una casa o una mansión-
puede hacerse de una “cierta idea”
de lo que se da en llamar ***la intemperie***.

Si se está dentro del hogar,
puede la persona asomarse a la ventana

y extasiarse con la luz, los colores,
con todo el esplendor del **afuera**;
pero lo percibe **mediado** por los cristales
del ventanal o de los ojos.

O también, si pone el habitante su oído
pegado a alguno de los muros que dan al jardín,
a la calle o directamente al campo,
le es dable oír los rumores que provienen del exterior,
pero no puede pensar que ese sonido
ha trasladado de pronto el mundo externo
al interior del hogar.

No puede.

Como tampoco, si uno se acerca a las rendijas
de la puerta o las ventanas,
puede decirse: “el afuera huele a...”.

Ni hablar de su temperatura
ni, mucho menos, a qué saben las manzanas,
las nueces o los higos que crecen en la huerta

que circunda al hogar.

John Locke⁷³, imaginóse

-como una poeta de origen nacional-

que “yo soy mi casa”

y, por ende, no se fatiga de hablar,

a partir de la **res cogitans** cartesiana,

o sea la vivienda del yo,

de un **adentro** y un **afuera**.

Lo expresó en esta forma:

el individuo tiene dos tipos de cualidades:

las primarias y las secundarias.

Las primeras, que atañen a la **res extensa**

abarcan la extensión, el movimiento, la forma, el volumen

y se hallan en el **afuera**,

en lo que podemos llamar la **intemperie en sí**.

Las secundarias hacen alusión

al color, al calor, al olor y al gusto

⁷³ en su *Ensayo sobre el entendimiento humano (1690)*,

-o, lo que tanto vale, al *quíntuple balar de los sentidos-*

y se ubican ***casa adentro.***

Si las cualidades primarias son objetivas,
y tienen una existencia extra-mental,
las secundarias son subjetivas
y existen sólo mentalmente.

Aunque Locke es *empirista*

porque piensa que el conocimiento
emerge de la experiencia

-la casa sabe del ***afuera*** por sus ventanas,
rendijas, los rumores del trajín de la calle, etcétera-,
es también un *materialista*

porque piensa que las cualidades primarias
preceden y fundan a las secundarias,
son objetivas y no dependen de la cogitación
del ser humano.

No obstante, oh Lucrecio,
pienso que la designación
de **subjetivas** a las cualidades secundarias
o a las imágenes que capturan los cinco radares
del sensorio
es cometer un yerro mayúsculo,
rendir una plaza
al idealismo subjetivo
o que el **adentro**
le tienda al **afuera** una emboscada
y lo arroje de bruces a su último suspiro.
El color, el sonido, el tufo, el tacto o el gusto
¿no tienen más realidad que la percepción?
¿Son la tímida presencia del **esse est percipi**⁷⁴
de Berkeley?
¿El **ojo** es el inventor del amarillo
que se embarra a la tierra
con la salida del sol,

⁷⁴ El ser es lo percibido

que lustra la piel del mango
o bucea en el jugo de naranja?
¿El **oído** es el músico que compone,
en el papel pautado de su inspiración,
la melodía que interpretan los pájaros
-los cánticos angélicos **in nuce**,
al decir de Messiaen-,
los aullidos que chocan con la insensible
indiferencia de la luna
o el escándalo de la cascada
que carece de un botón que disminuya
su volumen?
¿La **nariz** es el chef
que coloca en la harina que se hornea
el olor del pan caliente?
¿es el creador de los aromas
de la canela y el anís
que en duelo de perfumes

hacen tablas,
las tablas en que se representa
el más placentero de los empates?
¿La **piel** es el demiurgo que *motu proprio*
nos arroja al ecuador de la fiebre
o al polo norte del congelamiento?
¿es quien, en total auto-erotismo,
diseña el luminoso brochazo en la epidermis
de la caricia?
¿El **paladar** es, en fin, el que inventa los juguetes
del gusto,
los enumera y jerarquiza
y nos permite gozar el contradictorio sabor
de lo agridulce?
Las cualidades secundarias son en realidad
la síntesis,
el matrimonio
o el arrejuntamiento

de una impresión o una imagen
-provenientes del **afuera**-
y un elemento **interno** condicionante
-ls capacidades receptivo-asimilativas
que, a toda lujuria,
pone a su disposición,
lo subjetivo.

Sin la materia prima de lo externo
lo interior sólo puede engendrar
el tigre de papel de una quimera.

17. En los linderos del kantismo

Kant no se hizo del rogar.
Frente al duelo, a primera muerte,

del empirista Hume y del racionalista Leibniz⁷⁵,
tomó en sus hombros la tarea
de ensamblar las posturas discrepantes,
pretenciosas y misántropas.

Con el prurito de redondear la síntesis
entre dos polos que se entrecruzaban
de manera permanente
desde injurias hasta perdigones,
y que veían a la bandera blanca
como el peligroso desteñimiento
de sus principios,
creyó hallar el modo de lograr
la superación de los contrarios
poniendo en juego:

los ***juicios analíticos*** que ya mencioné,

los ***juicios sintéticos***

que se les contraponen

y un par de nociones elocuentes:

⁷⁵ y su discípulo y divulgador Cristian Wolff.

lo ***a priori*** -aquello que es anterior a la experiencia
y condición para que exista-

y lo ***a posteriori*** -derivado de la experiencia.

Una vez mostrados los ***dramatis personae***

de su reflexión,

asoció, como es obvio,

los ***juicios analíticos*** con lo ***a priori***

y los ***juicios sintéticos*** con lo ***a posteriori***.

Pero me detengo un poco,

traigo la lupa que está en la mesa,

le limpio las cataratas

que pueden enturbiar su visión,

y advierto:

si los ***juicios analíticos***, que ya conocemos,

-como “el ángulo es una figura formada

en una superficie por dos líneas que parten

del mismo punto”-

es ***tautológico***, o séase que,

aunque explica lo conocido,
no añade conocimientos
-la ignorancia continúa ennegreciendo
la materia gris-
sino que sólo analiza lo sabido,
los juicios sintéticos
-como “esto que traigo en la mano
es un barco de papel
que espera en el astillero de mi impulso
hacerse al agua-
es **asertórico** y nos proporciona
un nuevo conocimiento,
por sencillo que parezca.

Tanto unos juicios como otros son verdaderos,
no nos dan gato por liebre
ni pedazos de vidrio por monedas de oro;
pero son de diferente calibre:

los primeros son ***a priori***

y, por tanto, universales y necesarios

y los segundos son ***a posteriori***

y, en consecuencia, particulares y contingentes.

El filósofo germano,

en su afán de hallar la síntesis

del racionalismo y el empirismo,

se pregunta si hay

juicios sintéticos a priori.

Con estos juicios se conseguirían

dos cosas:

a) aumentar el conocimiento

y b) con verdades válidas para todos

y cada vez más profundas⁷⁶.

Es como un salto del monedero vacío

o con el número de monedas suficiente

(para poder contar la magnitud

⁷⁶ En lo que los neokantianos llamaban “la tarea infinita de la ciencia”.

de la miseria)
al cuerno de la abundancia,
donde no sólo los individuos
sino la especie humana
se van haciendo conscientes
del puesto del hombre en el cosmos.
David Hume, un individuo renuente
a aceptar sin crítica los dogmas
que espolvorea en el cuerpo social
la tradición,
asentó la peregrina idea de que la causalidad,
no tiene como “pegamento” la necesidad
-como la trenza que tejiera el destino-,
sino sólo la **costumbre**:
el hábito con que vemos que un fenómeno
sigue a otro, nos lleva a concluir falazmente
que uno es la causa del otro.
Hay quien dice que la noche

-como lo demuestra una ciudad
al cerrar las ventanas sus ojos-
es la **causa** del sueño,
y lo dicen porque en general
primero viene la noche,
la luna se pone ante el micrófono
a leer sus parlamentos,
y luego nos dormimos.

Hume subraya, insisto, que cuando un fenómeno
precede de común a otro,
como en el caso precedente,
creemos que es su factor determinante
y esta reflexión lo lleva a suponer
que en juicios como
“cuando el agua se calienta
se convierte en vapor”
el calentamiento no es sino un elemento
que antecede y sólo antecede

a la vaporización.

Pero este punto de vista, generalizado, conducido hasta los aledaños de las últimas consecuencias, socavaba las bases de la ciencia moderna.

Era una amenaza para las construcciones de Newton, para la ley de la gravitación universal, para las hipótesis de la historia del cielo que habían pergeñado Laplace y el propio Kant⁷⁷

18. Las cadenas sagrada y profana de la filosofía

Un poema filosófico,

como el que me exigen hacer ***la Demonio***⁷⁸

⁷⁷ El joven Kant había escrito en su período pre-crítico una “Teoría del cielo” coincidente con la concepción de Laplace que consideraba el sistema solar como histórico: nació en un día y desaparecerá en otro.

⁷⁸ Daimon, en griego: la “voz de la conciencia”. No sólo Parménides, en su Poema, tenía un daimon, también Sócrates y en general cada griego.

que me inspira,
y la pluma que me acicatea,
no puede dejar de lado que, en el devenir,
una cosa es la ***cadena sagrada*** de la filosofía
y otra la ***profana***.

La sagrada es la conexión entre los filosofemas,
es una carrera de relevos
en que un cerebro le pasa la estafeta a otro.
A veces una teoría le da la mano a otra
para subir por un terreno escabroso,
otras, una hipótesis le va pasando ladrillos
a una conjetura para construir el puente que se requiere
para ir de lo posible a lo probable.

Suele ocurrir que entre dos conjeturas
no haya química y los saludos que intercambian
son totalmente ficticios.

En veces dos presuposiciones
se odian a muerte

y no hacen otra cosa durante todo el día
que idear estrategias
para ultimar a su enemigo.

Pero la cadena profana. que está por debajo,
nos muestra que esos odios y esos amores,
esas sonrisas y esos desdenes,
no se explican tan sólo por lo que ocurre
en el nivel de lo eidético.

El mundo material,
de la economía y el poder,
de los intereses y las pasiones
repercute en las palabras “nobles”,
de alcurnia intelectual.

Tras de que el capital
diera sus primeras bocanadas de aire
y, con su pasión depredadora,

empezara a envenenar el medio ambiente ⁷⁹;
tras de tener lugar
la acumulación originaria de la ignominia
y los instrumentos productivos
se fueron despellejando de las manos;
permitiendo que emergiera
rotundo,
innegable,
el *trabajo impago* de la jornada
que nos obliga a preguntar
¿cuántos litros de tinta habrán empleado
los testafierros del capitalismo
para negar desde entonces hasta ahora
la existencia de la plusvalía?

Cuando la alta Edad Media
ya había huido de la presente

⁷⁹ El calentamiento del planeta es el último foganazo del dragón que nos domina.

con quejumbres de cantos gregorianos,
durante el Renacimiento y el iluminismo
el nuevo sistema vio con placer la génesis
de una ciencia, una técnica y una cultura en general
-un jardín de jardines-
que le eran acordes y obedecían las exigencias
del astro rey que, ambiguo,
liberador en parte
y en otra sospechoso
-cómo olvidar los permanentes
diluvios de sol en los desiertos-.
llegó instaurando en todas partes
poco a poco, pero como si se hallara
comiendo ansias,
la modernidad y una edad de las luces,
rayos en manos de Júpiter.
Todas las ciencias se desarrollan
y se van separando del tronco común tradicional

donde los frutos ya empezaban a marchitarse,
a rendirle pleitesías a lo podrido.

Sobresalen la física, la astronomía, la química.

No sólo el maravilloso mundo construido por Copérnico,
Galileo, Kepler, Newton, Laplace, Maxwell y tantos otros,
que formaban parte de las huestes invisibles de Prometeo
-quien, a decir verdad, no murió intestado-,
sino las ciencias humanas e históricas.

Freud -otro de los grandes- decía
que fueron tres grandes revoluciones
las que, al tiempo de cambiar
nuestra concepción del mundo,
habían puesto en la picota la soberbia
de los seres humanos:

la revolución copernicana
-donde, con el geocentrismo,
el hábitat del hombre ya no era el centro
del universo-,

la darwiniana

-que nos hizo darle la espalda a la creencia

de que el hálito divino

nos había separado del vulgar instinto

de los animales-

y la psicoanalítica

-en que los individuos,

por la existencia del inconsciente,

ya no son dueños, ay, ni de si propia casa-

Yo añadiría:

y la revolución marxista

que, como materialismo histórico,

nos muestra que, si no toda la sociedad,

sí la clase capitalista

coincide en su actuación con el darwinismo social

o séase con la lucha por la existencia

y la supervivencia del más apto.

El empirismo de Hume cuestionaba

las conquistas científicas:
era como una bomba de tiempo
-enamorada de la nada-
puesta en los sótanos del orgullo humano.
Kant quiso evitar la debacle,
y hacerlo con una síntesis que superara al fin
la sangrienta antinomia del empirismo y el racionalismo.
Quería poner las cosas en su lugar
y dar a conocer al mundo su solución
subido en la gloriosa cuadriga
de los puntos cardinales.
Pero, en cierta medida,
la síntesis de Kant no logró su propósito
y se hundió en el pantano de ideas
que burbuja en el lodo
de lo fallido,
ya que, para “garantizar” la base sólida de la ciencia,
para no andarse hormigueando sus fundamentos,
sujetivizó las formas *a priori* de la sensibilidad

-el espacio y el tiempo-
y los conceptos y categorías,
con lo cual, a pesar de reconocer la existencia real
de la ***cosa en sí*** -tesis realista o materialista-
restablece en alguna medida
el ***idealismo subjetivo***.

Como la prisa no nos ayuda
para entenderá fondo las teorías filosóficas,
jalo las riendas a mi pegaso
y voy en disminuyendo del galope
poco a poco hasta el trote
que permite a la mirada devorar
sin apresuramientos lo que mira.

18.1 Materialismo versus idealismo

Una de dos -dice mi pluma,
y la filosofía no la contradice-:
o le damos preeminencia a lo ideal
sobre lo material
y somos *espiritualistas*,
o hacemos lo contrario
y nos definimos como *materialistas*.
Si somos lo primero,
nos vemos obligados a pensar
que, entre las *opera magna* significativas del Señor,
están el tumor canceroso en el cerebro,
la asfixia como andén del más allá,
el síncope cardíaco de los elefantes,
la lucha por la existencia y la supervivencia
del demonio,
el aerolito que cayó en una ermita de Yemen

donde se daban gracias a Alá por la abundancia de la última cosecha.

Cierto que también “se tiene” que reconocer que el hálito de Dios

o las huellas digitales de sus divinas manos

se hallan en la *sinfonía Júpiter* de Mozart,

en la *Misa en si menor* de Bach

y en algunos pasajes del *Tristán*,

o también en la *Primera Crítica*,

la *Fenomenología del Espíritu*

o *El capital*;

pero estos bienes -y lo son del tamaño

de la más descomunal de las admiraciones-

se dan al mismo tiempo que los males,

los tsunamis de nunca acabar,

en una simultaneidad tan dramática

como constante,

que el idealista, si no se hace trampas,

o se arranca los ojos con el puñal de la fe
para apoltronarse en su ceguera,
se ve en la necesidad de dar su beneplácito
a todos los crímenes y calamidades
que en lluvia torrencial
nos caen del cielo.

Válgame Dios, pero así, no de otro modo
son las cosas.

La preeminencia de lo ideal sobre lo material
puede ser de dos índoles:
objetiva la una y subjetiva la otra.

Si el idealismo objetivo

-que afirma la existencia extra-mental de un ser
generado por la divina providencia-

nos hace títeres dejados

de las manos y los hilos de Dios,

nos vuelve meros incidentes en la historia

de lo prescindible
y nos crucifica en la insignificancia,
el idealismo subjetivo
-al depositar la primacía de lo ideal en el sujeto-
no puede ocultar sus semejanzas
con la apoteosis de Narciso,
el delirio de infinitud
o el complejo de divinidad
que ocurren inframuros del manicomio.
El idealismo objetivo
es la columna vertebral filosófica
d las religiones
dedicadas a secuestrar cerebros
y coserle los labios a la razón.
El subjetivo no se queda atrás:
no sólo le pone grilletes a las ideas
e impide a la conciencia ver más allá de sus pestañas
-¡todo en nombre del rigor y de la lucha

contra los “seudo-problemas” -
sino pone al ser humano en el puesto de Dios
o. si acaso, en la sala de espera de la divinización.

19. Formas principales del idealismo subjetivo

Tres son las formas principales
del idealismo subjetivo:
el sensual empirista de Berkeley,
el intelectual crítico o moral de Kant o Fichte
y el positivista lógico o lingüístico
del Círculo de Viena y *ad lateres*.
Pero todos ellos cierran fila
contra aquellos que se atreven a hablar
del sagrado corazón de la materia.

Ninguno de los post-kantianos importantes
se inclinó por el materialismo,
ninguno descubrió su continente.

Ninguno se internó en él a su conquista
tras de quemar los pegasos,
como Cortés las naves.

La filosofía que menosprecia lo material
a favor de lo espiritual
-como el desdén por la montura del anillo-
fue su credo,
su concepción,
su droga.

20. Fichte, Schelling, Hegel

Fichte optó por un ***idealismo subjetivo***

que tenía a la Moral como eminencia gris,

como el poder tras el trono,

Schelling se decidió por un ***idealismo objetivo***

donde el intuicionismo y el arte

llevaban la batuta.

Hegel se esforzó por hacer la síntesis o levantar

o negar superando

ese idealismo subjetivo

y ese idealismo objetivo

con un ***idealismo absoluto!***

que ponía en primer plano

no la Moral o el Arte

sino la Razón.

21. Hegel

Uno de los intentos más grandiosos
que registra la filosofía en su historia
para dilucidarnos todo lo existente
con inclusión del cielo
-como Torre de Babel cognoscitiva-,
lo representa Hegel,
la cumbre más ínclita y nevada
de toda la cordillera
del idealismo clásico alemán
que se inicia con Böhme y después con Leibniz.

Bajo la influencia numérica
de la trinidad,
construyó su sistema filosófico
con tres momentos, como les llamaba:
la ***Idea***, tesis o afirmación,

la **Naturaleza**, antítesis o negación
y el **Espíritu**, síntesis
o negación de la negación.

La Idea era la Lógica
o, como dijera el filósofo
en una metáfora:

“los pensamientos de Dios
previos a la creación”.

Subrayo que lo dijo metafóricamente
porque en su pensamiento
no hay ningún Dios personal
-como el “Padre nuestro” todopoderoso
que se oculta tras las nubes-
ni ningún salto olímpico
de la nada a lo existente.

Tanto en la Idea

como en la Naturaleza
reina la triplicidad
-o la “epidemia del número tres”
que Spengler denunciara.

El momento supremo de esta concepción del mundo
es el Espíritu,

es el saber que se eleva hasta alcanzar
la altura en que se ubica su corona..

Si la Idea se enajena en la Naturaleza,
o se halla ***fuera de sí,***

como extraviada,

se desenajena en el Espíritu

o se torna ***para sí,***

en una suerte de reencuentro,

y es que, en el ***panlogismo***

de este gigante del pensamiento humano

“todo lo real es racional

y todo lo racional es real”.

El Espíritu no es otra cosa
 que la toma de conciencia
 -en el único ser capaz de hacerlo:
 el ser humano-
 de la Idea alienada en la Naturaleza
 o sea del todo.

El Espíritu vuelve a sus dialécticas andadas
 y se divide
 en ***Espíritu subjetivo***
 (donde hace acto de presencia
 la ***fenomenología***
 que es algo así
 como la epistemología hegeliana⁸⁰),
Espíritu objetivo
 y ***Espíritu absoluto***,

⁸⁰ que Hegel desarrollará en su famoso libro de juventud ***La fenomenología del Espíritu***, “cuna y secreto de la filosofía de Hegel”, al decir de Marx. Fenomenología que se puede “definir” como la “ciencia de las experiencias de la conciencia”.

el cual,
afirmándose, negándose
y negando su negación,
aparace como **arte,**
religión y filosofía.

22.Un diálogo

La Demonio: “Párale ahí,
estás socializando la migraña,
complicando las cosas de manera extremosa,
haciendo la apología del vericuerdo,
cuando el ideal de este Poema
es el agua transparente...”

El poeta: Sí, yo le dejo el hermetismo

a Valery o a Jorge Cuesta.

Aunque se publicite,

con bombos y platillos,

el *artepurismo*

es una elegante forma de masturbarse

en público.

No quiero esconderme tras las palabras.

Ni dejar descolgado el teléfono.

La Demonio: Tienes toda la razón,

si exageras, si te vas por el camino

puramente conceptual

y dejas a la poesía hablando sola

a la sordera de las tapias,

alguien podría decir:

si el autor nos habló de la división tripartita

del espíritu según Hegel

-en subjetivo, objetivo y absoluto-,

¿por qué, aunque sí nos aclaró dicha estructura
en el espíritu absoluto,
no nos mostró los “trípticos” que contienen
el espíritu subjetivo y el objetivo?

Pero si hicieras caso a esta demanda
y buscaras los ladrillos para levantar
la debida explicación
y permitieras que la lira se desafinara
al intentar servir de acompañante
a los postulados y las definiciones,
ello generaría
no un Poema filosófico,
sino un tratado teórico didáctico,
como telón de fondo
de los rítmicos estertores de la muerte
de una creación lírica o épica
La poesía no, no puede ser ,
como la Etica de Spinoza

realizada *more geométrico*.

22.1. La concepción materialista

Si somos materialistas,
lo primero que debemos admitir
es que la infinitud del universo mundo,
celosa de su ser, o su manera insólita de ser,
no permite en ninguna de sus partes
el menor vacío, o hueco en la materia,
donde lo *inmaterial* halle acomodo.

Dios como manantial del ser
o padre del mundo
es un sin sentido del tamaño
del mundo.

La materia no es otra cosa que una categoría...

Lo ideal existe, sí.

La duda se desvanece como una lágrima
en el rostro de un escéptico.

¿Qué haríamos, hermanos, sin Cervantes?

¿En qué estercolero oscuro nos moveríamos
si Gutemberg no nos hubiera abierto la ventana?

Qué tragedia para los millones de ojos
repartidos en el orbe

si Miguel Ángel no hubiera sido.

Qué Gólgota para la humanidad
si Beethoven no hubiera escuchado

las voces de su vocación

y hubiera preferido ser cazador de osos
en el norte de Europa.

Pero lo espiritual, escuchadme bien,
es el *epifenómeno*

de la materia altamente organizada.

No hace acto de presencia, lo sé,
en cualquier organización material.
Desconozco las plegarias de las piedras.
Los álamos tienen muchas hojas,
pero ninguna ocurrencia.
Nunca oiremos salir del pico
del más pequeño de los colibríes
un *hai kú*.
Los búfalos, los cachalotes,
los flamencos
-la forma animal que asumen los lirios-,
y las mascotas de Doña Trini,
poseen una conformación material
compleja en grado extremo,
en la cual, en mayor o menor grado,
hay esbozos, anuncios,
avances de lo porvenir.
Pero no la complejidad suficiente

para dar con el teorema de Pitágoras,
la física cuántica,
el viento helado de las aporías del final
de la primera ***Crítica***
o detectar la astucia del dar gato por liebre
del sofisma.

Ni siquiera los animales superiores
tienen dudas o certezas religiosas
ni se andan por ahí buscando la rima consonante
de su angustia.

Sólo las mujeres y los hombres.
Los que vienen al mundo dotados
de un cerebro, un sistema nervioso central
y un acervo intelectual y emotivo
que los vuelve criaturas únicas.
Con la excepcionalidad de la razón
y un posgrado en el Espíritu.

Animales que teorizan la práctica
y practican la teoría.

Son, oh paradoja, los padres
de su propia orfandad.

El “Dios ha muerto” de Zaratustra
se halla, agazapado, en todo ser consciente
si y sólo si logra sacar la cabeza
de entre toda la maleza irracional que
como camisa de fuerza lo aprisiona.

Hay cuerpos, el cerebro invalidado,
que carecen ideas,

pero no hay ideas sin cuerpos:

los ***juicios sintéticos a priori***,

volando por el aire,

no se andan despeinando a los filósofos

peripatéticos;

la belleza alada de los dos cuartetos opus 51

de Brahms no ha conmovido,
que se sepa,
a ninguno de los montes de la Sierra Madre Occidental.
El sentimiento materno, en fin,
estaría fuera de lugar
en la punta de una espada.

Todo lo que aparece
en el escenario teatral del espacio y el tiempo,
todo,
desempeña, además de su actuación,
y de los parlamentos que enmielan o amargan
la boca del parlante, si es que la tiene,
una forma de ser:
lo mismo si se trata de la estrella, el cocodrilo,
la serpiente de cascabel
o el oso polar.
Todos, además de ser lo que son,

están, existen, se hallan ahí,
forman parte de la única idea, el **ser**,
que tiene un don de ubicuidad
que llega a todos los suburbios
y fagocita a cualquier rincón
que se oculte o se le oponga.
Pero no lo saben. *Son*, sin percatarse de serlo.
Algunos tal vez sean
animales *perceptivos*,
vueltos hacia afuera, con los ojos
engullendo todo lo que deambula en su redor
-el instinto es a la inteligencia
lo que el tronar del cielo
al sollozo
y la lluvia al menudeo
a las lágrimas-,
pero ninguno es **aperceptivo**,
vuelto hacia adentro

con los ojos cerrados
para que los ojos,
introvertidos,
se den al juego de espejos de la meditación.

23. Óptica y ontología

Y ¿qué es este ***ser***
y estos ***seres*** que los ilustran en la cotidianidad?
La ***ontología*** y la ***óptica*** se devanan los sesos
para decirnos algo sobre tan grave
y complicado asunto.
El ente, meditan en voz alta, no debe ser enfocado
de manera metafísica, sino dialéctica:
no hemos de hablar de ***cosas***
sino de ***procesos***.

Si consideramos los entes como cosas
-un gato, un fusil, una sandía-
los vemos como si cargaran
la identidad congelada,
como si sufrieran parálisis en su fisiología,
o, dejadas de la mano del devenir,
como si se les hiciera una transfusión de sangre
de la inmovilidad y abstracción de sus ideas respectivas.
Las cosas serían seres tridimensionales, pero les faltaría
la cuarta dimensión, la cuarta,
que no puede dejar de estampar su firma
en las actas de nacimiento y muerte
de todo lo que existe.

Los entes ***cosificados*** se moverían en el espacio
pero no en el tiempo:

irían de aquí para allá,
subirían por una escalera de caracol,
bajarían por una resbaladilla,

o, en diálogos con sus pies,
emprenderían grandes o pequeñas odiseas,
pero no vivirían el desarrollo y deterioro de sus entrañas,
la presencia inexorable de su muerte
arropada ya desde en la cuna.

Unas “cosas”, además, pueden convertirse en otras.

La **afirmación** puede tener en su **negación**

la estación de paso para la **negación de la negación**:

si el fuego así lo estima,

lo sólido en efecto se haya a un líquido
de transmutarse en gaseoso.

No sólo hay saltos en las olimpiadas,

o en el corazón muerto de gusto,

sino también en la naturaleza y en la historia.

Son saltos cualitativos;

pero no sin preparación,

sin hallarse alimentando la caldera

hasta llegar a la ebullición del **punctum saltans**.

Dice la tradición que

in natura non sunt salti

(no hay saltos en la naturaleza),

lo cual es tal falso

como la conseja

de que los tes de agua bendita

curan la angustia

y los malos pensamientos.

No hay saltos, desde luego, sin preparación,

sin ejercicios anticipados para hacerse al aire,

como si el chapulín brincara,

seducido por un *de repente* inesperado,

sin poner en acción las dotas acrobáticas

con que lo engalanó naturaleza,

o como si el aeroplano,

con premuras de cielo,

pudiera saltar al cenit

sin recorrer la pista preparatoria indispensable.

24. Sobre la libertad

La cuestión de la libertad
es una de las que más han conturbado
a los pensadores.

¿Soy en verdad libre
de sentarme o no?

¿Tengo la opción de irme a la derecha
o a la izquierda?

¿Me es dable tomar la decisión de jalarle
la “cola de caballo” a mi prima
o no?

Si estoy con Irene

¿puedo optar sólo por besarla
o, metido a seductor,

desvirginarla
y dar a luz,
tras los nueve meses consabidos
-la preparación para el salto-
un vástago que,
independientemente del sexo con que nazca
y del nombre que le endilguemos,
será, digámoslo así,
el producto de un segundo coito,
invisible, clandestino
e infaliblemente creador,
entre el esperma y el óvulo
que culmine en el clímax encarnado
de una de las criaturitas
con que se reproduce
la especie humana?

En la Edad Media,

la filosofía, ancilar de la teología,
ayuda de cámara de la *scholla*,
hizo una división tajante:
el *libre albedrío* pertenecía al alma,
la *necesidad* a la naturaleza.
Era una dicotomía olorosa a incienso
porque el “amor a la sabiduría”
del que hablara Pitágoras
era por entonces sierva de la “revelación”
y súbdita de la fe,
y toda duda que levantara la voz por esos lares
era una estridencia
y las estridencias eran excomulgadas
y, si padecían el morbo de lo obstinado,
eran conducidas por el Santo Oficio,
como Vanini⁸¹ o Giordano Bruno,
al crepitante fuego de la intolerancia.

⁸¹ A Vanini, antes de llevarlo a la hoguera, le cortaron la lengua para que no continuara disparando ráfagas de palabras expansivas.

El libre arbitrio,

un dádiva de Dios a los humanos,

era un hacer incausado

o, mejor, un hacer -o una decisión-

que no tiene más causa

que la voluntad de realizarlo.

En el afuera,

en el ***noúmeno*** o cosa en sí

como después la bautizase Kant,

predomina la ***necesidad***

o el enlace, apodíctico o asertórico,

de fenómenos

donde, como lo declaraba el aquinista,

toda causa es causa de un efecto

y efecto de una causa;

pero en que no podemos concluir:

y “asi ***ad infinitum***”,

porque una inferencia tal

sólo podría salir

de la garganta del demonio.

Y es que, para los peripatético-escolásticos,

la sucesión de causas y efectos

era contingente,

es decir que existía, pero podría no existir

-como todo lo que al nacer

carga desde el principio

la joroba invisible de su muerte-

y lo que volvía a la cadena necesaria

era la existencia-soporte de una primera causa

o ***Causa sui*** que tiene como esencia la ***aseidad***

o, lo que tanto vale,

la afirmación de que Dios, incausado,

existe en sí, por sí y para sí.

En una palabra: porque en ello

sale de pronto al escenario
el reino en que todo lo relativo
es llevado a la hoguera por lo absoluto.

La concepción del libre albedrío,
y de la idea de que el Señor,
al insuflar la vida en sus criaturas,
les *regala* esa capacidad
-como un capullo donde sólo al principio
se encuentra inhibida la mariposa-,
está hecha -me parece- para eximir a Dios
de toda responsabilidad y culpa
por las acciones delictivas
de los seres humanos.
¿Dios podría prescindir de algo
mediante un obsequio
cuando, todopoderoso,
puede con la mano en la cintura

readquirir cuanto sea necesario?

No lo sé.

Pero este inapreciable “don”

entregado al ser humano que le permite

distinguir el bien y el mal

y actuar en consecuencia,

busca evitar que las sangrientas manos

del homicida

sean las de Dios.

Pero la idea de la libertad anímica

tropezó de pronto con el escollo

de la ***predestinación***.

¿Podemos concebir a Dios

como un Ente que, por haber hecho entrega

del libre arbitrio de sus criaturas,

prescinda de intervenir en lo que hacen ellas

y, luciendo una extraña manquedad,

vuelva la cara hacia otro lado?

No es imaginable.

Algo semejante defendió San Agustín
cuando, en polémica con Pelagio,
el cura británico del siglo XV,
trató de conciliar la tesis del libre albedrío
y de la gracia,
dando las volteretas necesarias
para dar de bruces con los primeros trazos
de la tesis de la predestinación,
de ese enunciado teórico
que, tras la Reforma,
y sobre todo con Calvino
-que aseguraba muy agustinamente que la salvación
se obtiene por gracia, no por obras-,
se convierte en el pavoroso dogma de fe
de que el humano es un autómatas

o, para usar un eufemismo, un títere
que carece de huellas digitales,
y que en su lugar presenta sólo estrías sin sentido
que no hacen otra cosa
que enmascarar las dactilares
de las divinas manos.

25. Apunte sobre el existencialismo francés

La misma dicotomía
de la libertad-en-la-psique
y la “necesidad”-en-la-naturaleza
reaparece en el existencialismo francés.

El autor de ***El ser y la nada***,
tomando prestada de Hegel la terminología
-y en cierto modo des-dialectizándola-
caracteriza al mundo exterior como un ***en sí***

y a la conciencia como un ***para sí***.

En el ***en sí*** las cosas son como son

o, si se prefiere, están condenadas a ser lo que son:

el árbol no tiene opciones; no puede alimentarse

de sus pájaros o pisotear con una de sus raíces

al perro que se acerca a su tronco con malas intenciones.

El arcoíris no puede bajar de su sitio en el cielo

Y bajar a tomarse una taza de café con nosotros.

Las cosas son tan sólo un ***ser*** (Lavelle decía),

mientras los humanos somos un ***poder ser***.

El ***para sí*** es lo que no es y no es lo que es,

decía el primer Sartre,

lo cual no tiene otro sentido,

descifrando la contradicción que priva en sus entrañas,

que el hombre y la mujer son libres,

tienen una libertad ontológica, constitutiva.

La predestinación no sólo es un error,

sino una cochinada que hacemos

con nosotros mismos. ¿En qué momento?

Cuando nos comportamos como ***cochon***

o caemos en la ***movaise foi***,

es decir cuando fingimos,

y nos llevamos la máscara de actores

al hondón del ánimo,

que carecemos de libertad

o que, pese a ser un ***para sí***,

nos presentamos a los demás

y a nosotros mismos

como paralizados en un ***en sí***.

“Yo violé a esa mujer, lo reconozco,

porque soy un violador, esa es mi naturaleza”.

Es la misma dicotomía del Medioevo

con una excepción: que aquí no hay Dios.

Y no lo hay porque, si lo hubiera,

y la lógica no tuviese alguna patología

en las neuronas discursivas,

traería consigo la **predestinación**

y, con ella, la cochina e hipócrita negación
de nuestra ineludible libertad.

El **en sí** sartreano que, siendo lo que es,

se opone a la libertad del **para sí**

-según recuerdo de mis lecturas juveniles

de esta filosofía-

no es ejemplo de necesidad

o enlace legislativo de fenómenos,

es más bien el ambiguo mundo de la contingencia.

Instalado en la tradición de Hume

-que ve la causalidad como un mero producto

de lo consuetudinario

y de la física cuántica

que pretende sustituir

la ley de la causalidad

por la ley de las probabilidades-,

Jean Paul cree oír a veces

gruñir a su pluma,
no está convencido de que, de manera fatal,
el sol, consulte su cronómetro,
y salga puntualmente por el oriente,
incluso llega a imaginarse
que la manecilla de la puerta (le *bouton de porte*)
se torna de repente gelatinosa
y que la regularidad de los fenómenos
es un juego de manos de la apariencia.

26. El concepto de la libertad dialéctica

Pero hay otra manera de ver las relaciones
de la libertad y la necesidad: la *dialéctica*.
A Spinoza le molestaba en demasía
el divorcio irremediable

o el hiato convertido en abismo
que separaba la libertad y la necesidad.
En la filosofía tradicional, ya lo dije,
entre una noción y la otra no había puentes,
cada una le daba la espalda a la otra,
hablaban diferente lenguaje,
y , cuando se aludía a ellas en los libros
de teología o teodicea,
no se volteaban a ver.

Pero el autor del ***Tratado filosófico-político***
y de la ***Ética*** (more geométrico demostrata)
no convencido de esa contraposición,
decidió vincular los extremos
y definió a la libertad nada menos que
como el ***conocimiento de la necesidad.***

Cuando el proceso cognoscitivo
del mundo que nos rodea,

de sus leyes,
sus secretos y manías,
se asocia con la libertad,
ésta, como si hubiera tenido un golpe de suerte,
empieza a ampliar su radio de acción,
a tutease con las decisiones más inesperadas
y a fortalecer su patrimonio
al grado de tener entre sus pertenencias
el cuerno de la abundancia.

Si se ignora la necesidad,
decía Spinoza,
el hombre es siervo de la naturaleza
con grillos que entonan en sus pies
la lóbrega tonada del candado.

Si una mujer o un hombre,
pongo un ejemplo,
padece de alguna clase de jaqueca,
puede ejercer, sí, su libre albedrío,

pero lo hace con la molestia y las restricciones
que le provoca la hoguera que le crepita
bajo el cráneo;
pero si *sabe* de la existencia
de tales o cuales analgésicos
(que la ciencia,
tomando conocimiento de la necesidad,
pone a su alcance)
y los ingiere con la ayuda
de un sorbo de agua que resulta bendita,
podrá ejercer su libertad
con la amplitud, profundidad y atingencia
deseadas.

Si alguien padece de perturbaciones sicóticas
y lejos de tener los pies en la tierra,
los empuja a subir o bajar
las escaleras de un castillo en el aire,
el arbitrio,

contrapuesto a la necesidad del mundo real,
se halla más cerca de la servidumbre
que de la autonomía y ampliación de oportunidades.
Se trata de una libertad disminuida,
con pobres y contadas opciones,
una libertad enjuta y ojerosa
que, en lugar de multiplicar sus posibilidades,
mira crecer frente él multitud de muros contenciosos
y caer sobre sí una verdadera avalancha
de acciones obturadas
y prohibiciones de paso.
La simbiosis entre la libertad
y la ley científica necesaria,
es aún más elocuente
en las cuestiones sociales.
Si sabemos, con mi maestro
de toda la vida,
que ***“no es la conciencia***

***la que determina el ser social,
sino, muy por lo contrario,
es el ser social el que determina
la conciencia”***,

y, en consonancia o derivado de ello
estamos lejos de ignorar
que no se piensa lo mismo
ni se atesoran idénticos valores
en un palacio que en una choza,
en un yate que en una piragua,
en un campo de golf que en una trinchera,
nos hacemos del más eficaz de los faros
y su taller de brújulas sabuesas
para saber quién es quién en este mundo
y asumir las consecuencias.

La idea de Freud de que:

“ahí donde está el ello debería estar el yo”...

me conduce a imaginarme lo siguiente:
el espíritu del árbol
advierte en sus hojas y sus flores
claros síntomas de histeria y de neurosis.
Sabe que la psicología superficial
sólo se anda por las ramas
y se limita a **describir**
el retorcimiento narcisista de las hojas
o la ninfomanía de las flores
que las arroja a una grave disminución
de su **catexia** aromática,
pero no va al fondo,
a la explicación,
al invisible demiurgo de la **causa**.
Por eso le pide prestado al minero
la lámpara que luce a media frente,
pugna contra las resistencias
que emanan desde abajo

-de la oscuridad militante
en que crepitan los impulsos primigenios-
y, descendiendo paso a paso por sí mismo,
accede finalmente a las raíces
donde está entronizado lo inconsciente,
toma entonces conciencia de las imperiosas
exigencias de sus afanes,
sus pulsiones, sus deseos,
hasta que el **yo** consigue acomodarse en el exacto
lugar del **ello**.

Así, en conociendo lo necesario
que ocurre en el trasfondo,
logra tornarse libre.

Y las flores ya pueden
saborear con deleite
los frutos a los que, salto por medio,
lograron al fin encaramarse.